

VACUOLAS MAQUICAS

**(LAS DROGADICCIONES A LA LUZ DE LA PROPUESTA
CLÍNICA DE LO SOCIAL)**

Por: Joel Otero Álvarez

Segundo Semestre

Año: 2016

PRIMERA PARTE

DROGAS Y ADICCIÓN

Introducción

UNO. La aparición de las drogadicciones generó una problemática de serias implicaciones, no sólo en los niveles jurídico-estatales, incluso internacionales; desde la dimensión del abordaje clínico-mental dio paso a serios cuestionamientos, los cuales sin embargo no fueron asumidos con mínimo rigor.

La incapacidad de dar cuenta a nivel teórico, antes de precipitarse a ejercicios de aplicación desesperados, sólo convalidados a partir de la certeza invasora de una

problemática desbordada, que urge sin duda alguna, que urgió siempre de inmediatas soluciones, resultó ser creciente e inocultable.

Antes de dar cuenta de la inocultable condición sintomática de la nueva emergencia, la clínica de lo mental sumó un asunto más a sus ofertas curativas, desconociendo que empezaba a ser incluida sintomatología allí que más bien agravaba el drama e interfería la opción de reales salidas.

DOS. La urgencia de ofrecer una alternativa clínica de lo social diversa de los modelos psicopatológicos tradicionales obligó, ya hace de ello un puñado de años, a explicitar una precipitada propuesta sin mayores apuntalamientos adicionales, por lo cual debió parecer entonces, recurso inaplicable e insostenible.¹

Por ello, sin ser apenas dirigida a dar cabal y escueta explicación de las drogadicciones, permite hacerlo ahora reconociéndolas como modalidades de una problemática tanto más vasta.

En efecto, el paso de los tiempos y los nuevos despliegues de lo mórbido contemporáneo permiten convalidar la pertinencia

¹ Cf. Otero, J. "Prolegómenos al tema de lo normal y lo psicopatológico desde la perspectiva de la Clínica de lo Social". Revista VI. Volumen. #1 U.S.B. Cali, 2003 y "Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto". Repositorio Universidad Nacional de Bogotá, Colombia, 2007.

Lo cierto es que al supuesto modelo humano sobre el cual recae el malestar lo ha venido progresivamente suplantando una cobertura que termina siendo sobre-determinante y que en cuanto tal somete y reajusta la circunstancia humano-social-urbana más basal.

Se trata de esto que ha sido apelado por la Clínica de lo Social *lo máquico* y que delata, tanto a nivel individual como grupal y de masa, no sólo la creciente incidencia de lo tecnológico y a partir de allí de lo terrorista en el conjunto de resultantes de todo orden; de hecho se trata de una renovación completa y radical del habitual modelo de conjunto.

En reiteradas ocasiones ha sido señalado desde estas reflexiones, que si se dice *lo máquico* y no *lo maquínico* es porque la vastedad de esa incidencia suplanta y repone, metamorfoseándolo, a cuanto en la Antigua Grecia se apeló lo báquico, versión festiva de la desmesura, y ahora fría reclusión en la envolvencia tecnológico-terrorista, ella sí desbordada y dominante sobre el armado de conjunto.

de tal oferta y la solidez que propicia la lectura de los fenómenos actuales a partir de su peculiar perspectiva.

TRES. Como fuere, a la luz de tales nuevos abordajes se asumían dos polos constitutivos de los cuales partía la condición fundante de los cambios surgidos al interior de lo psicopatológico.

En primer lugar, desde la más distante y constitutiva dimensión de lo humano, en ejercicio autónomo y masivo sobre la piel de lo social, se apuntalaba *el virus*, sombra mutada en acontecimientos de congelado terrorismo

Antes de pasar a reconocer el segundo extremo debe sumarse que el incontenible despliegue de ambos puntales da paso a realidades tanto más envolventes.

CUATRO. Por todo ello se impondrán sucesivos desdoblamientos en la medida en que el crecimiento de la problemática rebasa los empeños de contención y manejo que infructuosamente se estilan desde modalidades aplicativas, cada vez más inocuas e insostenibles.

Es esa la razón por la cual, el modelo inicial que reconoce la presencia del *virus* ha de terminar completándose desde una incontenible aspiración de plena cobertura, *lo viral*, modalidad que pugna buscando suplantar el lugar de la realidad misma.

CINCO. Contrapuesto a este polo inaugural, *el virus*, emerge el segundo polo donde se ubica *el doble*.

El doble irrumpe a su vez al interior del registro de *lo virtual*, tanto más envolvente, y que resulta siendo inaugurado a partir de la génesis industrial de los espejos; con ello dándose paso también a la decisiva y constitutiva involucencia, incluido lo psíquico, el registro de *lo especular*.

Es cierto: entre otras muchas cuestiones, *lo especular* es esa demarcación que termina permitiendo el auto-reconocimiento inaugural de los seres humanos en particular.

SEIS. Adicionalmente se propicia un juego inagotable donde a *lo viral* se suma *lo virtual* envolvente, desde donde se recogen, potencian y justifican las múltiples modalidades de intercambio y de colectivizada consolidación de lo social, a nivel de sus más diversas variaciones, interpersonales, grupales y de masa.

Todo lo cual deriva hasta los extremos donde el modelo se apuntala y altera a partir de variaciones de imprevisible contundencia y/o de arbitrario apuntalamiento de fuerza; las cuales, sumadas al despliegue imprevisible de lo urbano, terminan haciendo del malestar generalizado, inabandonable complemento.

SIETE. Pues bien: sin ser el espejo el primer producto reconocible surgido del incontenible hacer que desde siempre se impuso a lo humano, se suma a la generación de modelos fabriles que terminan decidiéndolo todo, armando y conformando un contexto recluyente y virtual, a partir del cual las personas y los colectivos se aglutinan y demarcan.

Sabido es que el espejo resulta siendo determinante, inicialmente a nivel de lo psíquico; sin embargo la contundencia fundante de lo psíquico, en cuanto se deriva de

la mediación inapelable de los espejos, torna decisiva sólo luego de que se consolida con total involucencia la condición de lo fabril.

OCHO. Realidad esta que por lo demás propicia la puesta en marcha de un modelo de autonomía creciente, el cual termina contrastando abiertamente con las conformaciones naturales de base; al tiempo que, en su expansión incontenible, va dejando de ser apenas decisivo a nivel de lo escuetamente mental.

Una clave de involucencia *virtual* se suma entonces, implicando con ello diferencias tajantes entre la escueta imagen especular y *el doble*, portador de múltiples opciones expresivas y factible de generar apuntalamientos francamente diferenciales e independientes.

NUEVE. Pues bien, el modelo no se detiene en ese punto; desdoblado desde la distancia que separa al *virus* de *lo viral* y que al tiempo los reúne inextricablemente, que a su vez distingue y fusiona al *doble* con *lo virtual*, se da paso a los formatos del *virus-doble* y el *doble-virus*.

Como inicialmente podría parecer que se trata de un vacuo juego de palabras, se debe reconocer allí re-apuntalamientos donde contrapuestas polaridades exacerban la escisión que el sólo *virus* y el contrapuesto *doble* inauguran

DIEZ. Veamos pues de que se trata ahora:

El primero, el *virus-doble*, busca aprehender los renovados registros de lo mórbido.²

Debe sí decirse que, así siga inevitablemente encarnando en ellas, la enfermedad no pertenece directamente a las personas; aparece redefinida y perpetuada a partir de registros tanto más vastos y ha de ser por ello que su sentido no admite ser entendido reduciéndose a una escueta versión empirista y particular.

Desde la consolidación de enfermedades autoinmunes hasta la irrupción de anorexias, bulimias, drogadicciones, y modalidades diversas en las cuales lo afectivo se escinde y desborda, agonías, asfixias, pánicos; tanto como, modalidades fronterizas donde las defensas se debilitan y adelgazan mientras siguen fingiendo ser armazones normales, el nuevo mapa de lo mórbido remonta los habituales paradigmas psicopatológicos.³

ONCE. En fin, escenificaciones sintomáticas de todo orden donde lo masivo califica los modelos hasta hacerlos estallar; o bien, apuntalamientos de registros congelados de irremontable reclusión, la denominada enfermedad mental delata su

² El *virus* dentro del *virus* permite diversas opciones de ubicación de éste, según se reconozca al *virus* dentro de un *virus* tanto más vasto, con lo cual se da paso a un modelo doble-reclusivo; sin duda, es posible visualizar también allí, la reposición de un fallido empeño del *virus* por auto-retratarse, por desprenderse de su condición irremediamente parasitaria; en cambio, dando paso apenas a una sintomática duplicidad reiterativa, que si bien no devuelve la certeza de un retrato, delata sí, en tanto impedida, la agravada urgencia de auto-recuperación, que en cambio arma nuevo apuntalamiento del *virus*, impedido para acceder por sí mismo a *lo virtual*.

Como fuere, la reposición del *virus-sobre-el-virus* delata la creciente involucencia de *lo viral*, que multiplica sus opciones de despliegue en la medida de su creciente dominancia.

³ El modelo no parece factible que “mejore”, pues cada vez más se extiende un formato que hace que las nuevas irrupciones de lo humano, progresivamente emergente desde lo máquico, se cargue inapelablemente del lado de lo paciente desmesurado, dejando sin soporte urgencias mínimas de apropiación de cuanto fuera apelado de entrada, “principio de realidad”.

decisiva procedencia social sin la cual ya no es posible aprehenderla, capturar sus más diferenciados sentidos.

La locura, ha sido reconocido mucho antes en estas reflexiones, ya no es mero asunto de individualizados dementes; como una mancha extensa en cambio, crece y cubre de modo indetenible dimensiones tanto más vastas e imprevisibles.

DOCE. Y cuando se ha creído encubrir las cosas reduciéndose a cambiar de nombre a la locura, borrarla como remontado asunto antiguo, radicalizando entonces su nueva presencia al apelarla sin más sólo psicosis, se ha perdido definitivamente de vista la ruta de sus renovados despliegues.

Adicionalmente, se olvida reconocer formas tanto más agresivas de lo patológico, que el modelo social sin embargo repone y generaliza ahora, desde que se ampliaron progresivamente los registros de cuanto de entrada se reconociera como “lumpen”; modelos de clase que, como es sabido, inicialmente resultaron asignados apenas a las poblaciones marginales y mendicantes.⁴

TRECE. La segunda modalidad, el *doble-virus*, *doble* que se hace *virus*, pues allí sí es dable hasta el mayor de los empecinamientos el desdoblamiento desde *lo virtual*, el *doble-virus* pues reconoce y busca descifrar el incrementado juego que privilegia la aspiración de autonomía por parte de los personajes.

⁴ Para nombrar únicamente lo más visible, fenómenos tan decisivos como indetenibles, tal cual resulta ser la multiplicada e incontenible corrupción que en la actualidad pulula a nivel de las instancias gubernamentales, administrativas y/o empresariales, dan fe de ello.

Los personajes aspiran en efecto a desafectarse, a desprenderse de las personas que corrientemente les someten, reduciéndoles a meros despliegues marginales, más bien de procedencia onírica.

Liberados desde *lo especular* donde estuvieron apresados desde siempre, amenazan con invadir esferas de la realidad, no por rutas alucinatorias ni delirantes; de hecho, reasumidos a título de *dobles* y en cuanto de ese modo se diferencian de manera tajante de las específicas imágenes especulares.

CATORCE. Por lo demás, el progresivo empeño autonómico de los personajes busca coronarse con la irrupción más o menos tajante de ese otro *doble* que es *el* personaje terrorista.

Doble este cada vez más presente de hecho y por múltiples vías, incluidas las modalidades drogo-adictivas que dan paso y se suman al despliegue de todas las modalidades de lo terrorista, como inocultables derivaciones que parten de lo humano-social-urbano.

Por lo demás, todo ello propiciado por el desarticulamiento creciente que tal apuntalamiento del modelo de conjunto ha venido evidenciando.

QUINCE. Aún se suma un desdoblamiento más, el cual genera las modalidades del *virus*, desdoblado hasta *lo viral*, y que permite encarnar y apuntalar a lo capitalista en tanto registro trocado en oferta suplementaria de realidad; por ende, con ribetes de inapelable envolvencia.

Se trata del *virus desdoblado* que busca instalarse precisamente allí donde el retrato impedido del modelo de

conjunto evidencia su perpetuada condición; precisamente, a partir de esa su más constitutiva y definitoria carencia.

Lo capitalista es *lo viral* entronizado; punto de encuentro entre *el virus* y la dimensión envolvente de *lo viral*, que en tanto esfuerzo de superposición, consolida y eterniza semejante congelada condición.

DIECISEIS. Surge finalmente el denominado *globalizado doble impedido*, definido desde la aspiración, si es dable decirlo así, de reponerse de cualquier manera en una imagen propia.

Si bien es esa pretensión antropocéntrica directamente insostenible e impensable existen modalidades desde lo humano, que en la medida de tales directos impedimentos, derivan siendo capaces de auto-reflexión y de innegables apropiaciones, no sólo personales de asuntos más vastos; por todo lo cual, de un modo u otro, termina dando cuenta del modelo de conjunto.

De hecho, no se puede negar que esas rutas escindidas donde lo humano se destaca y responde de diversas y siempre parciales maneras por el sentido ampliado del modelo, no pueden separarse de la de todos modos ciega maquinaria que les subtiende.

DIECISIETE. Esa escisión genera una panorámica imprecisa que da a la maquinaria de conjunto condición linderal entre lo animado, así sea impersonal, y lo expresamente inanimado; dando paso a figuras cercanas de cuanto Marx adivinara como fetichismo.

Como fuese, imagen al fin de cuentas impedida la cual, de darse, tendría que permitir el aglutinamiento del modelo de conjunto entendido como unidad innegable desde su propia y continuada apropiación; sólo que también lúcida y coherente, dueña del sentido de sus despliegues

En cambio, la ausencia incómoda e inocultable de todo ello; la presencia de esa contundente clave, tan urgida como fallida; ambas, de todos modos, resultan esenciales y definitorias.

DIECIOCHO. Opción perdida de modo irremediable en la medida de un desbordado, irrefrenable discurrir, la resultante de conjunto repone más bien a un modelo viral generalizado y envolvente que consolida inapelable e irremontable reclusión.

Por compensación, un exceso de fuerza delata el definitorio déficit en la formalización del modelo.

Impedida de hecho para reconocerse como portadora de cualquier posible subjetividad rectora, sin duda la resultante de conjunto es enigmática panorámica, que una vez puesta en marcha, resulta impedida para detenerse.

El hacer, inicialmente guiado por imperativos que parten de la pura necesidad, de la apremiante urgencia de supervivencia, al colectivizarse y separarse con ello de manera tajante de allí termina generando una sofisticada resultante tanto más incontrolable y arbitraria; de otra parte, la aspiración de guiarle torna tan infaltable como inocua.

Claves renovadas de lo mórbido

UNO. A la luz de los señalamientos previos resaltados desde la reflexión clínica de lo social debe reconocerse, que antes de toda inscripción especular, antes de hacer de los espejos registros primeros e indiscutidos, y no sólo a nivel de lo psíquico donde ya ello sin duda alguna ha sido francamente minimizado, también cuando se trata de la especie, registro donde se busca llenar con mitos los orígenes más incapturables, previo pues a todo ello reina la sombra, y lo secreto, que es cuanto sin duda allí subtiende.

Es sólo después de esas primeras involucancias que el modelo se ilumina dando paso a la apropiación, más o menos restringida según lo garantice lo social, factiblemente extensa hasta donde lo permita lo inconmensurable que es a su vez el mundo externo.

Pero se trata de un asunto, cuando el tema es estrictamente individual donde al menos se lo puede observar de manera directa sin conseguir por ello necesariamente descifrarlo; otra cuestión es mirar en retrospectiva al colectivo humano hasta dar, pasando por encima de toda específica emergencia, con el big-bang, que de hecho oculta las cosas tanto más.

DOS. Obliga el mundo, es cierto, al constante intercambio; ello deriva inapelable; de faltar, se sucumbiría sin remedio; y resulta claro que a partir de ese ingreso se decide el resto.

Pero pensar a los primeros humanos como reales puntos de partida lo confunde definitivamente todo; y entonces, hasta el mito, resulta insuficiente e inaplicable; sólo el pensar lo humano como punto de llegada desde un largo proceso donde paulatinamente se constituye, a partir de registros que de entrada lo niegan o que al menos lo diferencian tajantemente de una condición consolidada, permite suponer allí una suerte de oscura prehistoria de un modo u otro irrecuperable.

En efecto, tal cual en la actualidad se acostumbra reconocerlo des-asido de modelos más elementales, sencillamente animales, a lo humano desde siempre lo subtiende una estela de sombra que no es dable llenar sin equivocarse de modo irremediable.

TRES. Ahora bien; dado lo humano, de un lado y otro se impone avanzar; cualquier sesgo o retroceso implica sin duda alguna decisivas consecuencias.

Hacerse del mundo como hoy resulta ser posible no fue asunto que se diera de entrada.

Las primordiales apropiaciones de una exterioridad que entonces debería hacerse extremadamente nueva e impredecible, antes que propiciar apacibles captaciones, tendría que admitir superposiciones donde el modelo resultante tendría que parecerse más bien a prolongadas reposiciones de lo alucinatorio, donde sin atenuantes se supusiera estar de entrada inmerso.

No resulta fácil hacer coincidir esas primeras apropiaciones con las adaptaciones y premuras que a su vez se imponían sin dar respiro, puesto que se trataba de las más primarias necesidades, de escuetas urgencias que no admitían plazo

mayor dado que se trataba de las demandas de la pura supervivencia.

CUATRO. Como fuese, reducto de todo ello sí resulta ser la terca persistencia de lo onírico.

Al final es posible afirmar que, tanto individual como colectivamente, se nace en el sueño; como en el mito de las cavernas de Platón se comienza mirando hacia la realidad de sombra que antecede.

Sólo en segunda instancia resulta permitido darse vuelta y de modo progresivo aprehender el mundo, mediado ello siempre por lo virtual; registro entonces que de modo obligatorio emerge y termina obligando a cada quien a pasar por la apropiación especular.

CINCO. Así más tarde o más temprano se termine olvidándolo sabido es que en su momento la luz refleja que heredan los espejos permite a cada quien la certeza de sí; rearmarse desde una interioridad que habrá de terminar siendo definitiva desde que permita sumarse a una exterioridad tan obligante como compartida; por todo lo cual, se habrá de completar eso que finalmente se reconocerá como evidente e inmediata realidad.

Pues bien: no sólo antes y después de ello la sombra siempre está; de un modo u otro coexiste allí; su envoltura habrá de retornar de manera subordinada o contundente, volver incluso a reinar de modo pleno, tal cual por lo demás en permanente alternancia acontece desde el inapelable reingreso al mundo onírico donde lo alucinatorio, discontinua pero perpetuamente,

repone en obligada sucesión con la vigilia su dominancia más inaugural.

SEIS. Extraña y arbitrariamente reconocidos al final en continuidad, aprehender el encadenamiento de los estados de vigilia permite la asunción del mundo, más allá de íntimas y subjetivas demarcaciones; facilita la apropiación de esos más próximos y supuestamente inmediatos registros donde de entrada se apuntalan las operaciones psíquicas más básicas.

El mundo de lo vigílico pues en permanente intercambio con el mundo externo, entonces dominante, habrá de permitir la inclusión de sofisticados y refinados niveles que den paso a la captura de lo más intangible y abstracto; allí donde buscado resolverlo, se toma distancia frente a lo más riesgosa, irremediablemente secreto.

SIETE. Pero insertarse apenas desde esa convención de continuidad vigílica, seguramente indispensable, si bien parece ser modelo consolidado e inamovible, genera sesgos y perspectivas, que sin atender a consecuencias, impone la renuncia de dimensiones que debieran ser reconocidas como inabandonables.

De hecho el olvido, o al menos el sometimiento de lo más universal, que en tanto termina por no parecer indispensable resulta ser minimizado desde un discurrir donde es lo defensivo cuanto fuerza al individuo y al colectivo humano-social-urbano, a permanentes, inmediatos reajustes y a escindidas y hasta arbitrarias reacomodaciones.

Y cuando se cree lo universal, al menos parcialmente incorporado, su alteración es siempre irremediable y delata

carencias insalvables que le truecan en sintomáticamente insuficiente e incompleto; cuando no francamente borrado.⁵

OCHO. Uno es sin duda el registro de sombra de cada quien, y otro muy diverso aquel donde la oscura dimensión envolvente recubre y minimiza la perpetuada iluminación del colectivo; y no sólo cuando se apunta a los orígenes; carente de elementos que permitan resolver asuntos tan específicos como el tema de la necesidad apremiante y de la indispensable sobrevivencia que habrá de subtender al colectivo, marginal y repudiada, la sombra se repone y pasa e todas maneras a hacerse inobjetable.

Desde el permanente hacer que lo humano nunca logra evadir, si no la urgencia de autonomía que aspira a la ya mencionada utópica resultante adulta, modelo ilustración kantiana, la resultante humana de conjunto termina arrastrando en cambio una suerte de infancia irredenta donde, sin hallar justo lugar, la imborrable sombra de hecho, tal cual ya fuera a su vez recalcado, siempre subtiende.

NUEVE. Es al menos así como el asunto se ilustra a través de los mitos y leyendas que, cuando de dar cuenta de la génesis de lo propiamente humano se trata, nunca faltan en pueblos de la más variada procedencia.

Y cuando, saltando más allá de esos ingenuos registros de ficción la ciencia pretende apuntalar de manera objetiva los orígenes, todo torna tanto más injuntable.

⁵ Un modelo final donde cada quien se asumiera en referencia con esa definitoria clave universal es tan utópico a decir verdad como aquel donde se espera un redondo apuntalamiento ético, a la espera de la más plena consolidación adulta de la totalidad de los humanos individuos.

Desde que en referencia con lo más distante, verdadero inicio de los asuntos, tal cual se les encuentra finalmente formalizados y consolidados, una supuesta explosión inaugural, hija del caos más constitutivo y creador, el denominado “big-bang”, ha de ser la primera emergencia reconocible.

DIEZ. Por supuesto, ese inicio no habrá de coincidir con las primeras emergencias humanas donde el modelo por ello mismo se diluye tanto más.

Si bien es viable reconocer, también fue a su vez resaltado aquí, formas precedentes de corte animal, lo humano irrumpe desde un corte que no consigue reapropiarse, ni siquiera a partir de la inserción de insostenibles mitos; tal cual acontece sin duda, en el caso del “parricidio freudiano”.

No se consigue decidir comienzo alguno entonces, pues cuanto antecede en lo humano, matriz formalizadora inagotable y heteróclita, es en sí fuerza indiferenciada condenada a la inextinguible formalización y, en cuanto tal, imposible de ser capturar y redefinida a partir de un inicio literal, empíricamente demarcado y precisado.

ONCE. El corte repone en realidad otra dimensión, radicalmente diversa de literales sucesiones; no existe continuidad histórica que permita concebir allí acto iniciático alguno; sólo la presencia, inaprehensible tanto como cierta, de una consolidación, sólo posible de ser reconocida como armazón estética.

Como fuese, definida cada resultante de lo humano a partir de la indispensable inclusión de esas primeras emergencias formalizadoras, es como finalmente se le encuentra; incluso,

dando paso a peculiares irrupciones que el terrorismo habrá de terminar reinterpretando a título de bombas de realidad suplementaria, de u modo u otro condenadas a explotar, estallando o implosionado.

Y es que lo máquico se insertará entonces a nivel de lo humano de modo progresivo e inevitable, descomponiendo y recomponiendo, la perpetua irrupción de resultantes, que así la desdibujan, no consiguen desaparecer la certeza estética de la señalada presencia matricial a partir de la cual lo humano se consolida y perpetua.

DOCE. Y habrá de ser por ello a su vez, que cuando se trata de la ingesta de drogas de un tipo u otro, aquí y allá el modelo explota, básicamente de manera implosiva; aunque podrá sumarse también a estallidos demoledores repuestos de continuo desde lo social.

Se da paso entonces a registros donde lo vigílico y lo onírico se contaminan y reúnen, del modo más bizarro y sintomático.

A la manera de suplementarias vacuolas, de imprecisas demarcaciones y coberturas, pero de innegable contundencia e incidencia, las drogadicciones emergen allí como repudiados aunque inevitables suplementos.

TRECE. A pesar de todo, modelos incorporados por sobre el imperioso dominio de poderes de base que aspiran a su radical exclusión, se trata de armazones mórbidas que se afirman desde diferenciadas claves de despliegue a título de retorcidas modalidades donde lo estético se rehace alterado, enajenado, francamente sintomático.

Es cuando irrumpen y se reconocen tanto más vastamente aún las emergencias de lo singular; resultantes que si bien parten de lo humano, lo hacen estallando desde explosivas y/o implosivas reposiciones en las cuales se reconocen trasfondos de singularidad pura, hasta entonces vigorosamente coartada.⁶

CATORCE. Sucede sí que no ha sido enlazado aún en estas reflexiones el polo donde lo singular discurre y el otro donde la presencia y mezcla de cuanto se reconoce como virus de una parte y doble de otra, pareciera decidir a su vez las bifurcaciones de lo psico-patológico.

Aunque la singularidad está casi borrada a nivel de irrupciones reconocidas, no del todo de forma coherente, como “inanimadas”, mientras que su presencia se exacerba al aflorar la vida; al punto de dar paso, ya a nivel de lo humano, a esa modalidad bizarra que aquí ha venido apelándose lo singular.

Tal singularidad, cuando aparece, figura sin más, enigmáticamente, como clave intransferible y diferencial en cada una de esas emergencias.

⁶ Ya ha sido distinguido en estas reflexiones el concepto de lo singular como derivación explosivo-implosiva de la singularidad, de entrada presente en cada emergencia y sin embargo progresivamente coartada y sometida por las urgencias reproductivas del modelo de conjunto.

Lo singular, entendido así, ni sólo a nivel de las drogadicciones, ampliamente impone y permite una reubicación de lo mórbido, afectando eso sí, la manera de pensar el tema de las drogadicciones.

Una exploración de los entrecruzamientos de lo singular y lo terrorista habrá de hacerse indispensable entonces, si se quiere lograr la más cabal precisión de semejantes sinuosos asuntos.

Es claro que es por la ruta de lo terrorista que se da el paso y se garantiza la perpetuación de cuanto lleva desde la singularidad hasta lo singular; y es esta también la clave que impide la imposición prioritaria y plena de lo puramente estético sin inapeable invasión mórbida.

Por decirlo de otro modo, se consolida a partir de las irrupciones a las cuales da paso eso que reconociera Aristóteles muchos siglos atrás como “physis”.

QUINCE. El virus y lo viral, el doble y lo virtual, sumados entonces entrecruzamientos y variaciones de uno y otro lado, están dados en cambio de manera más vasta y envolvente; aportan de continuo a la malformación de la singularidad sintomatizando sus despliegues y abriendo paso hacia la entronización de lo explosivo y de lo implosivo.

Las modalidades de la singularidad se enfrentan con ordenamientos y consolidaciones, las cuales anteceden a sus emergencias y arman apretadas raigambres, sólidos y sobre-determinados entretejidos, regidos por lógicas a las cuales no resta más que sometérseles.

Las modalidades de la singularidad resultan por ello forzadas a reajustes irremediables donde es más fácil se les enajene, antes que permitirseles un libre fluir.

DIECISEIS. Existen diversos ganchos de fusión entre uno y otro extremo, lo singular de un lado, los juegos que permiten el doble y el virus, de otro; la droga resulta ser sin duda uno de ellos; sin embargo, la forma como ésta dispara lo implosivo, no por ello la hace figurar como modalidad extraña frente a las variantes donde se expresan y conjugan la variedad de lo viral y lo virtual.

La droga, según sea el caso, o bien sólo permite se le reconozca desde variadas referencias viral-virtuales, o en cambio, puede dar paso a asunciones donde lo máquico la incluya como clave suya de suplemento, permitiendo

reconocer con ello que lo tecnológico admite expresarse a partir de alternativas para nada literalmente maquínicas.

DIECISIETE. Es cierto, lo tecnológico, habitualmente reconocido como regido a partir de la obligada y directa presencia de aparatos, es claro que sobrepasa esos empíricos registros a los cuales, si bien necesariamente incluye, los remonta también desde irrupciones tanto más sutiles y refinadas; sin embargo, dando paso a niveles de incidencia no menos decisivos y envolventes.

La droga, si bien inauguralmente fue recurso natural cuya utilización, en más de un caso, fue enseñada a los humanos por los animales, se consolida ahora a partir de lo urbano inflamado de obra y en tanto tal desbordado del lado de una desmesura que estrecha las opciones tanto de lo social como de lo humano.

DIECIOCHO. Así no sea asumida desde esa peregrina perspectiva, la ingesta de drogas da paso a una curiosa producción de difícil incorporación desde la estricta perspectiva reproductiva del modelo de conjunto.

En efecto, el resultado de la ingesta de droga no es menos obra que cualquier producto directamente cobijado por, y generado desde, la prelación de lo capitalista.

Sin embargo, no se puede decir que el producido drogado se sume sin más a la inagotable génesis de obra al interior de lo urbano; es un producto tan inútil como inocultable, que no se consigue procesar socialmente y que pone en cuestión el andamiaje mismo donde se apuntaló siempre la matriz de lo humano.

DIECINUEVE. Sin igualárseles, el extraño obraje drogado resulta ser más cercano de producciones a las cuales da paso el automatismo psicótico o la creación artística; pero no debiera olvidarse, que no por ello se puede reunir unos y otras en un mismo saco, sin caer en insostenibles exabruptos.

Salvo el reconocimiento de opciones expresivas, por ende de procedencia estética, es sólo el consumo cuanto al final les podría reunir, lo cual es demasiado poco cuando del arte se trata, y acaso excesivo o ausente, sólo desde afuera realmente reconocible y ello por la ruta de lo escuetamente sintomático, al tratarse del hacer inaudito que ilustran algunos psicóticos.

VEINTE. Como fuere, por un camino en negativo, si se lo quiere ver así, en todos esos casos lo humano delata que no se resigna a dejarse someter sumisamente por lo capitalista; y que, cuando algo estalla supuestamente desde lo urbano en realidad se trata de eso humano cuyas alteraciones imposibles de ocultar hallan desesperados camuflajes de expresión y protesta.

Hasta la droga entonces facilita esa opción; pero no sólo porque a la luz del consumo indudablemente resulta ser ella ruta regia; también debido a que, de tiempo inmemorial, se amarra a lo humano sin soltársele nunca; si bien no siempre del todo presente allí, sí presente siempre que lo humano discurre, como una sombra de extraño complemento, que varía sin aparente detención la oferta de sus entronques y las alternativas de sus conjugaciones.

La oferta clínica de lo social a propósito de las drogadicciones

Entre el virus y lo viral

UNO. Así no falten modelos en los cuales el *virus* resulte parcial o definitivamente inocuo, incluso benéfico como opción de despliegue evolutivo, el concepto de *virus* que es bien sabido procede del mundo biológico en la mayoría de los casos consolida patología de una u otra clase.

En principio se reconoció al *virus* portando una definitoria condición linderal que impedía definirlo ni como redonda modalidad de vida ni a título de específico ente inanimado, por todo lo cual su accionar resultaba ambiguo, impreciso y enigmático, tanto como su condición misma.

DOS. Aún sin alcanzar a consolidarse como formaciones ciertas a nivel de registros donde lo celular, que hasta entonces resultaba insustituible y definitorio cuando se trataba de reconocer la vida, en la actualidad los *virus* a nivel médico han terminado siendo reconocidos como modalidades vitales.

Ahora bien: impuestas ampliaciones y coberturas de la noción resulta inevitable reconocer, que no sólo los *virus* de la medicina no son los mismos *virus* de la tecnología y menos aún los denominados por la Clínica de lo Social *virus* mentales, se impone aceptar la presencia de una franja ancha donde no se

trata apenas de *virus* escuetos, sino de cuanto habrá de apelarse a partir de entonces, *lo viral*.

Esta ampliación de fronteras a nivel nocional resulta calificando franjas de sentido, más bien a partir de empeños infructuosos por responder a propósito de la procedencia última y primera de semejantes sintomáticas emergencias que de hecho ya han dejado de nombrar lo mismo.

TRES. Y no sólo consiste todo en una banda ampliada que trasciende escuetas demarcaciones empíricas; consolidación de un uso más vasto y diverso, resulta siendo ahora más bien herencia de una envolvente condición tecnológica; involucencia por lo demás, que en tanto afectada por el terrorismo rige *lo viral*; y dado que su incrementada extensión califica al resto de modalidades donde discurre lo humano-social-urbano incluido por ende lo mental y dejando al margen sin borrarlo cuando resultara ser inicialmente definitorio, la clave médica, *lo viral* termina por engullir y decidir tajantemente a nivel global la incidencia misma de toda modalidad posible de *virus*.

Como fuere, esas tres esferas supuestamente diferenciales e injuntables en principio, mental, médica y tecnológica, resultan ligadas a partir de un común núcleo mórbido que las fusiona y ata más allá de expectativas autonómicas

CUATRO. Como fuere, consolidaciones inasimilables reconocidas a título de contra-ofertas bizarras, el *virus* y *lo viral* se enfrentan siempre a un envolvente orden de base el cual en definitiva no consigue ni excluirles ni apuntalarles.

Con todo ello, al *virus* no sólo se le sigue reconociendo desde la prelación de específicos niveles donde lo linderal y lo

parasitante priman; como tanto más determinante se suma ahora la presencia allí de lo espontáneamente mutante.

Además, se incluye una clave decisiva, reconocible como del orden de lo itinerante, la cual permite a los *virus* desplazamientos inesperados, sorprendidos e incontrolables, que intensifican la condición heteróclita de semejantes bizarros despliegues.

CINCO. Reformulado el tema, pasan pues a primar esas claves donde, afirmado el *virus* hasta la amplitud de *lo viral*, se delata la condición heteróclita suya que arma reino aparte siendo cada vez más incisivo, contundente e incontrolable.

Así fuese incómodamente, no sólo autónomo y parasitario al tiempo, *lo viral* a pesar de todo se asienta y coexiste con el modelo más amplio que le aloja.

Dimensión entonces antagónica con la resultante de conjunto, sin cambiar su condición nuclear, *lo viral* admite rehacerse desde claves que le mutan de continuo y le readecúan a sus urgencias expresivas permitiéndosele además viajar sin retenes que le coarten y demarquen sus ataques.

Es por ello que a este apuntalamiento expansivo donde el *virus* se conjuga con *lo viral* y lo entroniza, sumados los recursos de lo mutante y de lo itinerante, se impone reconocerlo todo como guiado y ampliado sin detención por lo máquico, tanto más envolvente y determinante.

SEIS. Dueño de una doble procedencia, lo máquico oscila entre la prelación de su dimensión tecnológica, o dar en cambio a lo humano, opciones de despliegue; pero podrá

también, y ello más fácilmente, desequilibrarse, exacerbando el énfasis primero; por ende, marginando, sometiendo, estrechando, posibilidades a lo humano.

Teóricamente no menos posible, lo cierto es que esa última oferta que admitiría dar a lo humano posibilidades de predominio, hasta ahora, a nivel empírico, no resulta siendo mínimamente factible.

Ahora bien: al parecer utópica y en consecuencia irrealizable, una ruta tal demanda al menos inclusión de un orden u otro; así fuere como incógnita a despejar, como sospechosa carencia que antes de inútil y desechable residuo se entroniza a título de condición responsable de eso que se define allí como imposible de descifrar.

SIETE. Ha de señalarse que *lo máquico* comporta coberturas vastas y variadas, donde si bien la dominación de lo tecnológico que rige sobre lo humano puede resultar lesiva y coartante hasta lo parapléjico, desde otro extremo diferencial y contrapuesto, dueño entonces lo máquico de una coherencia innegable que despliega certezas de progreso, parecería dar paso a resultantes aún más sólidas.

Pues bien; esta prelación torna ilusoria desde que se reconoce la creciente, incontrolable incidencia de lo terrorista que se suma también allí como inseparable, inquietante, sintomática sombra; dando paso con ello a derivaciones, sin duda alguna menos predispuestas a expectativas optimistas.

OCHO. Ahora bien: lo máquico se perpetúa y consolida contando con el despliegue, tanto más vigoroso e indetenible, que es la obra humana de conjunto.

Obra, escrita entonces con mayúscula, cuya envoltura y dominación encarna a su vez, a título de cobertura que se ampliará y consolidará desde la égida de lo capitalista; registro este último, cuyas claves formalizadoras terminarán pasando a regir sobre cada una de las resultantes que irrumpen allí obligándoles a ser productos siempre.

Por todo esto lo capitalista, que como fuera ya reconocido busca suplantar a la realidad misma dando sentido renovado e inmediato a todo cuanto cae bajo su cobijo, termina reponiendo progresiva, inocultable esclavitud, en principio de orden laboral; emergencias derivadas de allí repondrán el poder recluyente que indetenible lo capitalista estila.

NUEVE. Coexistiendo todo desde esa escisión definitoria, sin que al menos para la mirada desprevenida exista en la resultante productiva misma, razón alguna que permita responder por la imposición de un enlace tal.

Mundo, es bien sabido, donde rige la cobertura de dos tiránicas modalidades formales, la forma-mercancía y la forma-dinero, oculta más que evidenciar, el nudo inextricable e intangible que permitiera justificar tan extrema dominación.

En efecto, sometimiento este tan contundente, que llegan a darse inocultables, adictivas incluso, consolidaciones, que tarde o temprano aparecen sin más, como por arte de magia.

DIEZ. Esas condiciones esclavizantes son de diverso orden y pueden dar paso a sucesivas mutaciones, a inesperadas ampliaciones, a verdaderas territorialidades, regidas por

arbitrarias e impositivas reglamentaciones y apuntaladas como vacuolas máquicas; tal el caso de las drogadicciones.

Como fuese, a nivel de éstas últimas, las drogadicciones, mientras ellas dominen y perduren, lo tecnológico estaría representado de modo principal por las drogas; sumado el empleo, entonces terrorista, que de ellas se hace, se decide una realidad de suplemento, la cual sin embargo urgida de autonomización demandará trocar en real necesidad a cuanto de entrada parecería apenas, subordinado suplemento.

Dado que con todo ello se da paso a la consolidación de radicales, vigorosas y adictivas realidades, debe reconocerse que es lo terrorista que subtiende allí de modo inapelable, la clave que justifica y que permite semejantes perpetuaciones y coexistencias.

ONCE. Y no sólo se trata del anexo de lo terrorista que parasita de lo tecnológico calificando tanto a la Obra como a los humanos que la soportan y al tiempo la sostienen y reponen; se impone también el reconocimiento de la tajante presencia de lo singular, en coincidencia mórbida con los estallidos de lo tecnológico-terrorista y pieza decisiva sin la cual todo estallido, en la medida al menos en que obligadamente partiera de allí, carecería de ese detonador indispensable.

Las drogas que, inicialmente al menos resultan siendo reconocidas como *virus*, a su vez evidencian que sólo quienes las ingieren las sostienen allí a título de vacuolas máquicas; y con ello también, hasta la contundencia de *lo viral*, tanto más vasto.

Desde entonces pueden incluso modificarse de modo radical semejantes incidencias, marginarse, ser suplantadas por otros recursos, tanto o más radicales, sin que por ello las claves de dependencia se reduzcan, se debiliten o desaparezcan.

DOCE. Más allá aún de todos estos reajustes y reacomodaciones indispensables para conseguir reconocer la sinuosa condición de estos asuntos la reflexión clínica de lo social gusta resaltar una clave que no por genérica resulta indiferente ni inaplicable.

Se trata de la procedencia primordial del *virus* desde el mundo de las sombras, en entronque inextricable con lo secreto; registros ambos, que tanto a nivel individual como colectivo, lo deciden todo desde lo más basal e incapturable.

Las sombras, como reino de lo incognito, no son apenas territorialidades donde colindan y coexisten con lo secreto; desde que las formas domesticadoras delatan agotamiento e insuficiencias, sintomáticos déficits que apoyan la re-emergencia de las fuerzas más primordiales e ingobernables, irrumpen estallando a su vez dimensiones que reponen y delatan la señalada de antemano presencia de lo singular.

En entronque con modalidades implosivas, lo singular pone en acto inquietantes y sinuosos juegos estéticos de sintomática condición, que acercan peligrosa, progresivamente, desde niveles de hedonista procedencia, hasta las fuentes mismas donde el terror subtiende.

TRECE. De otra parte, la condición que hace que las drogas ingresen en el territorio de lo vital y admitan derivar alterando radicalmente tales animadas realidades, creando necesidades de suplemento no menos radicales y demandantes, se suma a su vez, reforzando con ello la sospecha de fuentes basales extrañamente predisuestas a conjugarse y a exponerse, en

ensamble con estas mezclas, en principio aparentemente suntuarias, arbitrarias.

Ello sólo, comporta la localización del recurso como particularmente semejante al habitual proceder de los *virus*; tanto más, si las claves de especificidad previamente señaladas que definen *lo viral*, progresan en pos de la escenificación de órdenes que trascienden lo meramente específico, inmediato y empírico, que por sí mismas semejantes basales condiciones admiten y evidencian.

CATORCE. O sea, si es posible ampliar la cobertura de *lo viral* más allá de las inaugurales irrupciones del *virus*, y ello sin restricción visible diversa de la mera resistencia de los habituales ordenamientos de base, es debido a que la incidencia real de *lo viral* es mucho más imprevisible de cuanto, médica, psíquica y socialmente se supuso.

Y, en referencia con el imperio de las drogas, no que el *virus* y *lo viral* ofrezcan características donde resulten equiparadas con lo directamente vital; es que permiten de una manera particularmente complementaria, inesperados entronques y conjugaciones con las estructuras animadas de base, entonces para nada excluyentes.⁷

⁷ Las armazones de base tienden, cuando por ejemplo se trata de lo máquico, a discurrir sobre una plataforma que aspira a la mayor coherencia y equilibrio posible; pero, dado que lo máquico presupone enlaces permanentes entre diversas modalidades, donde se conjugan obras y seres humanos, tecnologías de variada condición y modelos de lo humano de uno u otro orden, tarde o temprano termina por consolidarse creciente, progresiva vinculación entre uno y otro registro; enlace, que en la medida de su fortalecimiento y potencialización, da paso de modo inevitable a modalidades de corte adictivo-parapléjico.

No sólo se propicia por ello la génesis de vacuolas máquicas; sin poderse generalizar plenamente, tienden éstas, de todos modos, a dominar y a explayarse; sólo contenidas por la resistencia que la diversificada y contrapuesta oferta máquica del “establecimiento” considerada per se, como normal y legal.

Se trata pues de dos poderes, de dos modelos de mundo, que sólo la coerción progresiva del más fuerte de ellos, termina obligando a síntesis fallidas, de hecho imposibles; sin duda siempre sintomáticas.

Si se quiere terminar de ilustrarlo desde su versión más actual, cabe desde la lectura previamente anunciada a partir de la cual la droga se consolida como *virus* propiamente dicho, mientras que las drogadicciones

QUINCE. Como fuere, la clave parasitaria que resulta ser más visible y reconocible, también más cercana de enlaces entre modelos virales y armazones vitales, que sólo en cuanto consolidación de *lo viral* dan paso a mezclas hasta entonces imprevistas a la luz de la presencia del *virus* escueto, habrá de ser la razón por la cual se ampliará el espectro de cuanto fuera inicialmente considerado como predominantemente linderal.

Y debiera decirse que lo parasitario no sólo obliga al reconocimiento de una reciprocidad inocultable entre *lo viral* y lo vital; este último registro resultará siendo debilitado e invadido a nivel defensivo; dimensión esta que como es bien sabido resulta siendo parte esencial en la consolidación animada de tales andamiajes.

Como fuese, emerge finalmente la aún más estética dimensión de lo mutante a partir de la cual los caminos que atan al *virus* con *lo viral* tornan tanto más impredecibles e incontrolables, así también irremediables.

DIECISEIS. Habrá de asumirse que *lo viral*, que comporta la progresiva consolidación de bandas anchas, de vacuolas máquicas, lo hace allí donde previamente existieron meras fronteras, líneas demarcatorias entre territorialidades tajantemente diferenciadas.

El *virus*, dígase entonces la droga, puede empezar a inflar esas escuetas separaciones hasta dar paso a la consolidación

constituyen el registro de *lo viral*, reconocer a la población adictiva flotando dentro de la enajenante vacuola máquica de todo ello emergente, y en cuanto tal contrapuesta a la armazón del colectivo que busca regirse a partir de la generalizada ampliación donde lo máquico, quiere ser reconocido como a-conflictual y armónico modelo.

de bombas virales, de registros bizarros, que permiten ampliaciones, que van hasta *lo viral*; modalidades, que entre otras posibles opciones, se imponen entonces como drogadicciones y que una vez instauradas se afirman aspirando a perpetuaciones autonómicas, a apuntalamientos regidos desde lógicas heteróclitas, a partir de urgencias de despliegue que riñen abiertamente con esas otras modalidades, tanto más basales y amplias, las cuales a su vez buscan primar partiendo de apuntalamientos no menos excluyentes y tajantes.

DIECISIETE. Vista en sí, la drogadicción deja de ser apenas ejercicio separado y diferenciado de ingestores de específicos productos psicoactivos; en cambio todo ello reunido se consolida como agregado definitorio al interior de una vacuola ampliada; en su condición de extensión y dominancia más o menos fluctuantes sobre la periferia del modelo de conjunto.

Es pues a partir de allí que ese rasgo mutante, señalado en escritos anteriores como definitorio, versa a propósito de la autonomía que el recurso drogo-adictivo despliega, en franco contraste con la más escueta dimensión de lo parasitario-dependiente.

De un modo u otro, las consolidaciones máquico-vacuolares que se registran a nivel de conjunto ni son estáticas ni inamovibles; al engrosarse el vínculo entre ingesta y sustancia, entre droga y adicto, puede llegar a ser tan contundente su incidencia que el registro habitual de los despliegues colectivos no puede permanecer ajeno ni sostenerse idéntico frente a semejantes avalanchas.

El doble y lo virtual

UNO. Si bien *el virus* delata la ampliación de su marca a nivel de cuanto se reconoce como registro de *lo viral*, cuando se alude al *doble* no sólo se trata de la propia imagen especular; comporta una tanto más decisiva referencia a la dimensión de *lo virtual*.

Las drogadicciones obligan al reconocimiento de una ampliación exacerbada entre cada ingestor y su espectro *virtual*; sólo que la condición mórbida comporta que tal dilatación se imponga como inflamación interior, si es dable apelar así a la exacerbación de lo reclusivo que el modelo drogo-adictivo desdobra.

Ya fue resaltado tiempo atrás: no sólo la drogadicción consolida y afianza sustratos *virtuales* que salpican la vida de los adictos a las drogas; al tiempo, empobrecen y atrofian el resto de sus funciones y propiedades; tanto más particularmente, la vida de relación que el normal despliegue de lo social demanda.

DOS. Todo ello comporta severas consecuencias: no sólo hiperboliza la incidencia de lo psíquico en el funcionamiento de cada ingestor de drogas; margina y somete a cuanto, tanto a

nivel interno como externo, habitualmente se reconoce de la manera más espontánea y desprevenida como “realidad”.

Puede incluso llegarse a extremos tales que no falte el caso de quien, al conseguir de cualquier modo salir de su enajenación adictiva, se sorprenda, por decirlo así, “despertando” más próximo del punto donde comenzara a ser decididamente dominado y reducido por la mórbida ingesta.

Quien fuera hasta entonces adicto se hallará condenado al reconocimiento de un déficit, que al menos en principio se adivina irremontable en referencia con la reinscripción a la realidad por todos reconocida, marginada hasta entonces a partir de rígidas restricciones subjetivas.

TRES. Más acá del enlace corriente con la propia imagen especular, el drogadicto da paso al creciente e imprevisible despliegue de un doble suyo con francas y agresivas pretensiones autonómicas.

Y es que, además de la alternancia entre noche y día, por ende entre vida vigílica y despliegue onírico, la droga genera duplicidades reclusivas, escisiones tajantes de corte diferencial, decididas a partir de una óptica francamente máquica desde la cual el doble se exacerba y aspira a una exigente autonomización.

CUATRO. Esas vacuolas máquicas que la drogadicción consolida varían continuamente en extensión y radicalismo envolvente según se trate de directos efectos que parten de la incidencia de la sustancia ingerida, o bien de sus marcas posteriores, las cuales se asientan como sustratos siempre

diversos según les decida la presión variada a partir de cuanto corrientemente se apela la realidad.

De un modo u otro, registro inevitablemente compartido por el drogadicto con el resto de sus congéneres, así de maneras francamente diferenciales y antagónicas, las vacuolas máquicas no se reducen a ser meros niveles particulares que suman indefinidamente ingestas; su despliegue abarca al modelo de conjunto y aspira a involucraciones masivas donde aspiran a consolidarse como realidades, si bien marginadas, inobjetables, incompatibles sí, y tajantemente diferenciales.

CINCO. Es claro que si el entronque con la realidad resulta crecientemente obstaculizado en la medida en que crece la dominación drogo-adictiva es porque tampoco la realidad permanece quieta; por lo demás, obligada a incluir la dimensión drogo-adictiva, como incómodo registro no menos suyo.

La marca máquica progresa también a esos niveles, así se condene al marginamiento que decide a quien de todos modos, no deja de “atrasarse” en el cumplimiento de obligatorias acomodaciones adaptativas.

Tal presencia de lo máquico en ambos sentidos, a nivel de la realidad y en directa referencia con el modelo mórbido-adictivo, pone en evidencia decisivas claves que dan especificidad a la drogadicción y obliga a renovados reconocimientos que los modelos corrientes de la clínica de lo mental no acostumbran cubrir.

SEIS. Queda claro que entre la imagen especular y el doble se desarrolla una espacialidad no siempre previsible; incluso,

debe decirse, que la espacialidad del doble, asunto tan llamativamente ilustrado de tiempo atrás en sus narraciones, por escritores como Dostoievski y E. A. Poe, ha terminado por superar semejantes escuetas demarcaciones de ficción.

Aprovechando el despliegue de lo máquico-*virtual* que rige al mundo contemporáneo amenaza de un lado y otro con irrumpir, a título de realidad indiscutida y a partir de diversas factibles emergencias; y no sólo como peculiares producciones directamente enlazadas a las personas; de hecho, como suplantaciones o suplementos heteróclitos, que de forma contaminada, desde una dimensión máquicamente renovada, mutan y reponen lo onírico directamente sobre la vida de vigilia, a título de vacuolas máquicas, o como reales impedimentos formales que al no lograr emerger de manera espontánea estallan con diversificada violencia aquí o allá.

SIETE. La presencia del doble no es asunto reciente; sucede sí que su despliegue privilegia registros donde desde la muerte, de un modo u otro retorna éste; sin duda francamente escindido, desmembrado de la procedencia especular que rigiera en la vida.

Su condición termina consolidando síntesis, allí donde se define al alma y se le concede lugar sacro y condiciones que remontan con mucho las limitaciones, que a nivel de la existencia empírica, califica a los cuerpos y a sus portadores, inmortalidad, etc.

Esas circunstancias hacen corrientemente del doble, realidad de un modo u otro domesticada, subordinada a tiránicos condicionamientos; los cuales, desde la perspectiva del énfasis

desde lo estético, resultan semejantes a cuanto, más paganamente visto, acontece con la singularidad.

OCHO. Sin embargo, antes de esas claves religiosas donde habitualmente se halla al doble sometido y restringido se dieron dimensiones donde la prelación del pensamiento mágico incluía dimensiones, precedentes en referencia con la supuesta inaugural conformación especular de lo psíquico.

No sólo los antiguos griegos y sociedades tanto o más antiguas evidenciaban la escasa distinción que los humanos entonces conseguían en referencia con la demarcación de los extremos entre los cuales se juegan la vigilia y lo onírico; ya F. Heritier, en su escrito sobre la cultura samo, localizó actualizada la prelación de esas modalidades mágicas de pensamiento.

Allí la sombra no solo se incluía como tanto más decisiva que dimensión otra posible; en realidad, la sombra no urgía para nada de consolidaciones especulares; las cuales, de sumarse, debían regirse por la tiránica dominación de esos contundentes registros umbríos.

NUEVE. En efecto, la antropóloga mencionada recientemente dio cuenta de la presencia en tales colectivos de sólidos eventos y de creencias encarnadas donde el doble no sólo primaba y evidenciaba consolidaciones autónomas, y ello, a nivel de la vigilia plena; también se trataba allí de múltiples modalidades de doble desde las cuales se sumaba también la presencia inocultable de entes redivivos, fantasmas encarnados que retornaban desde la propia muerte, etc.⁸

⁸ La muerte incluso no era una sola; existían multiplicidad de muertes de acuerdo con los ritmos de funcionamiento de esos dobles irredentos.

La consolidación creciente e indetenible de lo máquico, incluidas sin duda allí indispensables claves mutantes, permite a su manera la fría reemergencia de modelos donde se evidencia que la animación mágica está lejos de haber desaparecido de los registros de lo humano; acaso reemergentes desde las expresiones de las masas pueden ahora refulgir de nuevo.

Dada la desbocada masificación contemporánea semejantes irrupciones remontan las limitaciones que regían a partir de las escuetas demarcaciones de masas que Freud estudiara.

DIEZ. El empleo de drogas, sin duda alguna, es uno de los recursos más empleados para dar paso a estos sintomáticos devenires.

El doble allí puede llegar a expresarse con tal incidencia escindente que su presencia resulta inocultable a la mirada clínica cuando a partir de allí se auscultan esos territorios indomeñables.

Sucede que las drogas enlazan fases de lo humano desde una continuidad que no está necesariamente presente a nivel de registros de otro orden; por el contrario, supuestamente dejada atrás de modo definitivo, la animación mágica resulta radicalmente relegada, supuestamente borrada desde la prelación racional a partir de la cual los modelos contemporáneos aspiran a regirse.

ONCE. Es por ello que en las drogadicciones, el doble, decidido ahora por la radical involucencia de *lo virtual* y condicionado por modificaciones metamórficas que la consolidación de lo máquico comporta, cobra predominio y

permite entronques con otras variantes suyas, donde sin el recurso expreso de las drogas, el juego de lo adictivo de todos modos se implementa y exacerba.

Es el caso, por citar apenas lo más obvio y visible, de los ejercitamientos a los cuales da paso el uso incontrolado de aparatos tecnológicos; a esos niveles, el doble viene dando demostraciones inquietantes, mucho más radicales de las hiperbólicas previsiones literarias señaladas con antelación.

Por supuesto, el cine es el género donde ello se ilustra ahora con tanta mayor contundencia.

El virus-doble

UNO. ¿Qué connota en realidad este otro modelo donde *virus* y *doble* se cruzan, dando paso con ello a una nueva modalidad diversa de la mera suma del *virus* de un lado, del *doble* de otro?

¿Cuál es la clave que impone que los polos antagónicos del *virus* y del *doble* busquen entrecruzarse de modo reiterado, en cambio de moverse por rieles complementarios donde nunca se cruzan ni se encuentran?

Así se sepa que sus naturalezas, tanto en el caso del *virus* como del *doble*, apuntan siempre al intercambio y a la

expansión incontenible ¿se dan con ello nuevas síntesis que los remonta y diluye, o bien, que los mezcla y exacerba?

Sin duda alguna, superpuestos así, podría haberse dado lugar a diversificadas lecturas.

DOS. ¿Se trata de intentar reconocer al *virus*, en cuanto de algún modo duplicado y repotenciado?

¿Inserto en el *doble*, en cambio ampliaría el *virus* tanto más su influjo?

¿Inicio de una repetición indetenible e invasora que busca dar paso a la invasiva génesis de *lo viral*, el *virus* podría estar a su vez inaugurando una modalidad suya de autogénesis y reposición ampliada?

¿Podría ser a su vez que *lo viral* invadiendo *lo virtual*, repusiera de un modo tanto más convincente la realidad de un fallido desdoblamiento donde en realidad se estaría sintomatizando el impedimento del *virus* para ocupar un redondo y definitivo lugar?

TRES. La pugna formal entre lo humano más basal y la resultante máquica a la cual da paso el obstinado, permanente e incontenible empeño de “hacer obra”, termina necesariamente expresándose en el mapa panorámico de los registros de lo patógeno; y no sólo expresándose como mera sumatoria de suplemento, calificándolo todo y rearmándolo.

En efecto, el modelo inicialmente basado en estructuras insustituibles, psicosis, perversiones, neurosis, y hasta la misma normalidad, ceden sus lugares a reajustes y ampliaciones donde resultan cada vez más visibles registros

que conjugan sus opciones con las crecientes marcas que desde lo máquico imponen mutantes adaptaciones.

De hecho, a nivel de cuanto ahora se apela *virus-doble*, fallidamente el *virus* resulta intentando reponer el lugar donde el *doble* corrientemente discurre; dueño de un diferenciado aspecto, mutado por las claves del terror desde una tanto más repudiada resultante termina armándose un nuevo modelo donde lo mórbido, irrisoriamente impedido, busca metamorfosearse.

CUATRO. Lo estético, que gusta denominar sus nociones empleando el recurso de lo neutro, prefiere retratar antes que a las psicosis a lo psicótico; reajustado a su vez en niveles donde lo autista, lo maníaco, lo depresivo, lo delirante, lo alucinante, en fin, todos esos modelos que se riegan por el armando de conjunto, buscando desprenderse de sostenimientos escuetamente personales, delatan en cambio enlaces y/o impedimentos, decididos por las nuevas modalidades de realidad que terrorismos y tecnologías imponen y connotan a nivel de las recompuestas emergencias de lo humano-social-urbano.

No que las psicosis desaparezcan; es que se evidencia de ese modo la involucencia más amplia de semejantes dimensiones; la cual, no sólo califica a esos registros más allá de las consolidaciones escuetamente personales; resaltan ahora, por fuera de entelequias inamovibles, tal cual fueron los pilares estructurales de lo psico-patógeno desde las cuales partieron, sin debate visible, las habituales modalidades del diagnóstico que hicieran caso omiso frente a alteraciones y fluctuaciones de la resultante de conjunto.

CINCO. Otro tanto acontece con lo neurótico, lo perverso, lo fóbico, lo obsesivo, lo compulsivo, etc., que a su vez parecerían más reconocibles ahora si se les observara desde ampliaciones cuyas coberturas hace mucho remontaron las estrechas franjas de lo puramente subjetivo; abstracción esta desde donde sin embargo se acostumbrara ubicarlos siempre, sólo por el afán de recargar sobre las personas la responsabilidad de las derivaciones mórbidas, lo subjetivo, desatado de su vinculación con la singularidad, no consigue escapar de adherencias sintomáticas a lo arbitrario, a lo transgresor y a lo caprichoso.

Se insiste: no que no exista lo subjetivo o se lo desconozca; es que antes de ser territorialidad pura e incompatible que obliga a responsabilizaciones valorativas, moralizantes, a refugios sacros donde imperara la certeza de lo más íntimo e intransferible, se impone asumirlo desde el reconocimiento de su condición de resultante; como modalidad signada y sobre-determinada desde lo humano, lo social, y aún más, desde lo urbano; sin olvidarse entonces de las irrupciones mórbidas, que dueñas de sentidos indomeñables, dada la real amplitud de su procedencia, someten y desfiguran a lo subjetivo, cerrándole el paso a sus urgencias de ser pionero, así fuera apenas a nivel de las irrupciones de lo mórbido.

SEIS. Modalidades como el sida, han reformado por sí solas la geografía de lo sexual; lo normal y lo perverso vienen ahora ligados al influjo de los medios y las modas que se imponen, reponen y perpetúan, a partir del influjo que arman las maquinarias informáticas.

En efecto, desde un despliegue incontenible, gran variedad de aparatos y de renovados modelos de inter-comunicación recalcan en ello de continuo, impidiendo adivinar y ensayar rutas diversas dada la sobre estimulación y la saturación que de ese modo se genera.

Obligado a regirse por mediciones y criterios exteriores, casi siempre arbitrarios desde que el libre fluir del colectivo urge de sus propias claves regulativas; obligando a sometimientos y obediencias crecientes, inapelables, las proporciones y entrelazamientos entre esos extremos nocionales, normalidad y perversión, han terminado por modificar de modo radical sus habituales demarcaciones.

SIETE. De manera semejante acontece con el resto de claves diagnósticas donde se trata de registros ampliados que sólo en niveles extremos podrán intentar continuar ilustrando, apenas anticuada, obsoletamente, subordinados a tan indispensables reajustes y extensiones, viejos esquemas mórbidos con aspiración de congelamientos insuperables, fijos, predeterminados; apenas un tanto más, excesivos e inocuos.

Lo obsesivo ha extendido su mácula sobre la superficie toda a partir de la cual discurren las resultantes; regido más por directos o velados, así no menos contundentes y eficaces controles, lo obsesivo emerge ahora desde la esclavitud que impone lo capitalista; asunto no sólo visible a partir de la exacerbada tiranía de lo laboral; el sometimiento se intensifica además por muy diversas rutas que se suman a ese núcleo contundente; comenzando por la insidiosa imposición publicitaria y terminando en el re-apuntalamiento del modelo desde reincidentes reajustes y readaptaciones que las sucesivas variaciones de ley consolidan e imponen; armando

laberintos de duda y reincidencia, que es bien sabido, resultan caros a lo obsesivo.

Movimientos constantes y compensatorios que reequilibran sintomáticamente al inmenso aparato, desgastado portador de soportes de insuficiente solidez.

OCHO. Tampoco lo histérico escapa a esas alteraciones; retrata de hecho modalidades de esclavitud similares a los modelos ilustrados previamente.

Imponiéndose a las primitivas conformaciones históricas, sometimientos de continuo renovados y reacomodaciones permanentes desde influjos globales tanto más vastos y poderosos, es posible reconocer cuánto de encubrimiento incluían ya las modalidades compensatorias e hiperbólicas desde las cuales primitivamente la histeria gustó siempre recurrir a disfraces.

Como fuese, el deseo, supuestamente definitorio, prevalente, cede su lugar, adecúa sus influjos, a los caprichos y veleidades de las modas y del consumismo; y las ofertas de lo femenino, tan caras a esos modelos, de modo inocultable aparecen decidiendo resultantes donde la prelación de lo máquico, por supuesto sin desaparecerlos, mutando sí sus sentidos y ejercitamientos, rige ahora sin duda alguna por encima de repetitivas urgencia de lo infantil o de lo escuetamente especular.

NUEVE. Aunque dicho todo quizá demasiado rápidamente, lo cual restaría validez y rigor a estos asertos, lo humano, dueño y señor de lo mórbido se ve de modo inocultable obligado a renovarse y a estrecharse desde las tiránicas imposiciones que

se deciden a partir de lo máquico; por supuesto las modalidades de lo mórbido no escapan a ello.

Condicionamientos, incluso también visualizables desde lo social, las marcas de lo urbano deciden aún más el destino de esas emergencias dando paso a renovadas maneras de ubicar lugares supuestamente definitivos e inaugurales.

Es obvia la ilustración, pero por eso mismo tanto más pertinente si se recuerda la perpetuación de los orígenes: tardíamente reconocida como modo de lo urbano, dígame la madre, y entonces apenas a nivel teórico, ello sólo lo cambia todo de forma tajante; pues bien, a su vez la infancia ha pasado a ocupar lugares radicalmente diversificados y a todo cuanto desde allí se derive y devenga, le habrá de suceder otro tanto.

DIEZ. Incluso la auto-captura especular permite develar las marcas tecnológicas que deciden, entonces de manera diversa, allí donde ilusamente se quiso pensar, si no el supuesto inicio de las humanas procedencias, al menos sí los obligados reapuntalamientos que consolidan a cada quien al interior de las gregarias inscripciones.

A su vez, tanto más globalmente vistas las cosas, lo humano es incluido dentro de una constitutiva involucencia máquica desde que el obligado empleo del artificio especular obliga a reconocer a éste como de antemano generado a partir de una ya lejana, precedente y sostenida práctica industrial; modalidad esta donde se inaugura, afinca y apuntala, la tanta más contundente involucencia de *lo virtual*.

Lo humano, supuesto natural, delata en cambio procedencias y arraigos que tornan indispensables, tanto para su constitución como para su constante despliegue; forma de lo

animal en cambio que se metamorfosea y por ende se altera de manera tajante e irreversible.

ONCE. La Obra estará allí primero decidiendo sin duda alguna sobre productos y procedencias, antes de dar paso a claves donde se pretendió que asuntos como la “esencia” y la “conciencia” fuesen primeros y definitorios.

Y no que no estuvieran de entrada, incluso precediendo; es que de ser así, el modelo ha rotado invirtiendo prelación y antecedentes; ni siquiera recursos freudiano-lacanianos que apelan a ampliaciones extremas, dígame inconsciente, discursos desde el Otro, etc., logran contener el influjo que se impone desde el desborde tecnológico-terrorista, lo cual obliga a una contundente suplantación formal a partir de la cual lo máquico se reafirma y progresa sin contención.

DOCE. Ahora bien: si se apela *virus-doble* a este último registro es en la medida en que los modelos mórbidos irrisoriamente excluidos ensayan a su vez empeños renovados de adaptación; incluso extremos, así ello no presuponga que tales derivaciones no terminen siendo fallidas; y esto en ambos sentidos, tanto a nivel individual, como masivo.

Como fuere, desde esa fuente *viral* que conjuga plurales ensambles, variedad de *virus* que desdoblados en la cama de eso más vasto que los acoge y recompone, donde se entremezclan contaminada e inconteniblemente, emergerán las nuevas modalidades de lo patógeno; enfermedades autoinmunes, que son salvajes terrorismos carcomiendo la carne; o bien, a partir de la ceguera expansiva del modelo, arbitrariamente se repondrán a título de marcas sintomáticas

sobre cuerpos y almas; agrediendo las contenidas e inestables irrupciones del aparato de conjunto, otras tantas modalidades de desmesura irrumpirán también; y ello, hasta dar paso a drogadicciones y demás variantes que impone el desborde consumista.

De cualquier modo, desdoblamientos virales, vacuolas máquicas sobre la amorfa piel del modelo imperante pululan como una población de medusas sobre el marino líquido que las soporta y aglutina.

El doble-virus

UNO. Las modalidades de reclusión *viral* son por supuesto diversas de aquellas donde prima el encierro *virtual*.

Lo reclusivo-*viral* es por definición heteróclito; así parasite o se sume a los registros de base donde en principio se apuntala, crea territorialidades diversas y con pretensiones de autosuficiencia.

Lo reclusivo-*virtual* en cambio antes de encerrarse encierra.

Esa condición reclusivo-*virtual* se exacerba cuando se incluye el impedimento creciente de dar opciones de despliegue a la singularidad; por ende, intensificando los estallidos y/o implosiones de lo singular.

DOS. A nivel del *doble*, en cuanto se carga y contamina del lado de *lo viral*, desde que el *doble* busca suplantar al *virus*, *doble-virus*, se abren opciones para el desenganchado despliegue de los personajes, corrientemente sometidos a nivel vigílico y dueños de una ficticia liberación sólo cuando el mundo onírico encuentra opciones de expresión.

Insertos en los registros vacuolo-máquicos que arma la prelación del *virus-doble* los personajes crecen en cambio ahora en opciones autonómicas, hasta derivar del lado del personaje terrorista; el cual termina, de un modo u otro, incidiendo, buscando predominar sobre el resto.

Por todo ello, se reacondicionan los despliegues que rigen a los otros personajes; y aun fuere apenas a niveles estéticos tal prelación es siempre herencia que adeudará a lo onírico cuando irrumpe sobre la luminosa dimensión de lo vigílico debidamente mutado y recogido en fluctuantes enquistamientos, las vacuolas máquicas, que de continuo se incluyen, suplementando, inflamando, la periferia de las resultantes.

TRES. Ya ha sido señalado: el espejo no es mera superficie que retrate sin más, dando paso a la escueta emergencia de lo psíquico; es producto desde la obra humana, suplemento tecnológico asido a lo máquico-*virtual*; puede por ello, tal cual de hecho acontece, terminar subordinado a la envolvencia tanto más amplia y autonómica de este último registro.

Si bien, igual que el resto de éstos, el personaje terrorista procede del referente especular; una vez esa condición inaugural delata contaminados entronques con lo tecnológico-terrorista el *doble-virus* termina desprendiéndose,

autonomizándose, consolidando presencia progresiva, y en más de un caso, francamente incontrolada.

No ha de ser viable entonces asumir al personaje terrorista como un personaje más, colgado apenas de las urgencias de despliegue de la persona, subordinado a semejantes definidas demarcaciones.

Dueño de una dupla condición, personaje y terrorista, el *doble* en cambio, en cuanto cubre y transforma al *virus*, *doble-virus*, pasa de ser un personaje autónomo, que se instaura además portando poderes lesivos que fuerzas compensatorias, desmedidas, le confiere.

CUATRO. El personaje terrorista cubre un registro de vastas opciones expresivas, siendo una de ellas aquella que le oferta como modalidad drogo-adictiva; personaje drogo-adictivo entonces, donde el ejercitamiento terrorista se decide por la vía de lo predominantemente implosivo, estallará hacia adentro; y ello, desde dos caras diferenciales: una formal, de desbordante aspiración, donde irrumpen registros estético-graficantes; otra de fuerza, en la cual la desmesura implosionante, sin ser necesariamente suicida, aspira a ser francamente auto-destructiva.

En sí, el personaje terrorista, además de esa clave implosiva, drogo-adictiva, incluye la urgencia de lo explosionante, lo cual evidencia capacidades expresivas y demoledoras tanto más vastas.

Y resulta ser, a nivel de las drogadicciones por sobre todo, que lo terrorista se subordine a la consolidación de un específico vínculo, el vínculo drogo-adictivo; dedicado a engrosarlo, será a ello a cuanto sirva y obedezca el personaje drogo-adictivo.

CINCO. La vinculación entre el terrorista, el terrorismo, el tono terrorista,⁹ resulta ser tanto más diversificada, amplia y sinuosa; nunca tan precisa y escueta como pudiera ser si el personaje terrorista apenas consistiera en un mero referente drogo-adictivo.

Si bien no se puede cancelar la posibilidad de aludir directamente al personaje drogadicto que arma escisión psíquica y pugna por suplantar a la persona que subtiende en la base de semejantes dramas, lo cierto es que el personaje drogadicto parasita siempre de los registros de lo terrorista que lo consolidan y sostienen, que subyacen siempre en sus despliegues, cualesquiera fuesen.

El personaje drogo-adictivo es sin duda el mismo personaje terrorista sólo que precisamente en cuanto lo decide el consumo de drogas; en cuanto encarna y delata vínculo drogo-adictivo.

Y esta insistencia resulta indispensable pues los trasfondos de estas confluencias no son ni mucho menos obvias ni literales.

SEIS. La diferencia a nivel del *doble-virus*, además, no sólo debe incluir el reconocimiento allí de otras variantes de *doble*, no menos decisivas y presentes; en realidad, existe una clave diferencial previa que distingue al *doble* máquico, *doble-virus*, del *doble* propiamente dicho tal cual fuera reconocido desde siempre: *dobles* de la psicosis, o bien, *dobles* de las ficciones literarias, caso Dostoyevski y E. A. Poe.

⁹ Cf, nuestros trabajos previos donde tales distinciones se abordan de continuo y desde diferentes sesgos. (Biblioteca Digital, U. Nal. Colombia).

Ahora bien: no se excluye incluir allí otros desarrollos del *doble*, desde personajes tipo “comics”; dueños de inauditos superpoderes, robots mecánicos o mentales, en fin, referentes parapléjicos de mil órdenes diversos, la nueva ficción agrava y superficializa las ofertas del *doble viral*.

Como fuese, desde el registro de lo drogo-adictivo, el *doble-virus* suma además, contundentes e intransferibles claves diferenciales, las cuales imponen específicos modelos expresivo-reclusivos, inmersos y dirigidos desde la lógica que rige a las aquí denominadas vacuolas máquicas.

Virus desdoblado

UNO. El desdoblamiento del *virus*, ha sido visto ya, porta pretensiones de plena involucencia y aspira por ende a suplir, o al menos a superponerse de manera plena, sobre cuanto corrientemente se reconoce como realidad.

Formalmente hablando, el *virus desdoblado* coincide con aquello que se denomina lo capitalista, que no sólo incluye el tradicional modelo económico reconocido como sistema capitalista de producción; en cuanto apropia y reinterpreta la creciente involucencia de lo tecnológico-terrorista lo capitalista termina, no sólo retratándose suplementariamente a nivel de cada humana emergencia; de hecho encarna en ellas,

sometiéndolas y decidiéndolas como sus inevitables derivaciones modales, obligándoles a forzosos intercambios que las demarcan y regulan, estrangulando los posibles despliegues de sus singularidades coartadas.

DOS. A medida que el modelo se expande y torna más coercitivo, se van generando malformaciones que dan paso a modalidades progresivamente reclusivas y tanto más enajenantes; algunas de ellas incluso, apuntan a la supuesta recuperación de la singularidad, dando paso en cambio a explosivas y/o implosivas irrupciones desde lo singular donde la irrupciones de fuerza ocultan las formas a las cuales ésta aspira.

Las drogadicciones permiten ilustrar estas dominaciones desde que, terminando reducidas a masivas ofertas de consumo, resultan reponiendo, calificando, y sumándose al modelo global de lo mórbido; como extremos paradigmáticos de cuanto por supuesto deja de ser exclusiva resultante clínico-patógena.

TRES. Así se crea decir lo mismo al nombrar indistintamente adicción a las drogas o consumo de drogas existen derivaciones francamente diversas en uno y otro caso.

En efecto, dado que resulta generalizado denominador común al cual nada escapa, la envolvencia consumista reúne de manera creciente al conjunto de las resultantes y se asume desde entonces decidiendo y recalificando lo adictivo.

En ese último nivel, el consumo de drogas, se trata más cercanamente de la cobertura y dominancia de lo capitalista, en cuanto hace de las drogadicciones modalidades suyas,

ejercitamientos de un recurso reconocido entonces como desmesura de consumo, consumismo.

CUATRO. Sin embargo, no es igual el modelo de conjunto que lo capitalista; el primero resulta de la acumulación y adecuación de un hacer que desde los inicios de la historia dieran paso a cuanto se denomina obra humana, Obra.

A partir de esa cobertura se generarán a su vez resultantes integradoras donde irrumpen fenómenos como las ciudades, la Ciudad, lo tecnológico, e incluso lo terrorista.¹⁰

Lo capitalista es el manto formalizador que, regido a su vez por envolventes sobre-determinaciones, la forma-dinero y la forma-mercancía, generan allí reordenamientos selectivos y estrangulamientos, los cuales se rigen por las urgencias auto-reproductivas de la Obra; de esa manera, de antemano demarcada.

Globalizado doble impedido

UNO. La Obra como tal tiende a desbordarse y a perderse en el exceso de ese hacer desmedido e indetenible; así la resultante no consiga nunca ser armónica, surgen por ello

¹⁰ Cf. En Biblioteca Digital, U. Nal, los abordajes que permiten distinguir y precisar al conjunto de estas nociones.

modalidades que buscarán conducirlo y reglarle, darle de un modo u otro la certeza de unidad innegable.

Las versiones desde lo humano que irrumpen entonces al intentar explicar estas constantes es cuanto se recoge en estas reflexiones a título de *doble globalmente impedido*; lo cual, más que un impedimento del aparato mismo repone la incapacidad de dar humana cuenta de la virtualidad que irrumpen como inapelable suplemento desde la creciente generación del hacer; cubriendo al conjunto de las resultantes e ilusionando con la posibilidad de un retrato, de hecho imposible; de un cabal develamiento del conjunto de las emergencias, y sobre todo, de la previsión frente a futuros y globales despliegues.

DOS. Entonces: no que al envolvente aparato le urja literalmente auto-retratarse; es desde sus modalidades humanas a partir de donde torna ello obsesionante; desde que no comprenden cómo lograron acceder a sus particulares auto-captaciones, modalidades que buscan reinterpretarlo; y que, en tanto tales, se permiten la expansión de sus coberturas buscando recubrir al modelo de conjunto que les recluye y sobre-determina; sólo así podrían saber ellos realmente del sentido de sus propias condiciones, paradójicamente más enigmáticas en la medida de su supuesta inmediatez.

De su parte, debe reconocérselo, el aparato rueda de modo independiente frente a todo ello; de hecho, ajeno ante semejantes pretensiones; para nada, signado por ellas; lo cual, por pura paradoja, da paso a una extraña escisión, responsable de un registro fluctuante, impreciso, en la medida en que no se logran descifrar las claves que rigen semejantes despliegues; derivaciones estas, no propiamente caóticas a pesar de marcadamente arbitrarias.

TRES. La animación de la resultante de conjunto es pues inexpugnable y su condición indescifrable agrava aún más el sometimiento que ata a ella forzando a inevitables y constantes reacomodaciones.

El reconocimiento de esa carencia torna definitorio; real motor desde donde se sigue sintomáticamente sosteniendo un hacer inmemorial, cada vez más difícilmente guiable.

Sumando a ello, que dada la condición reclusiva que termina caracterizando al modelo de conjunto, cualquier movimiento allí se consolida como hacer, se reinterpreta como tal, y se asimila de manera automática a partir de las “bulímicas” apropiaciones desde Obra.

Habrà de ser por ello que el hacer termine recubriendo franjas, que al menos en sus orígenes, difícilmente podrían reconocerse como de su incumbencia.

CUATRO. Esas franjas mencionadas con antelación terminan siendo reacias a su total sometimiento e incorporación en el modelo de conjunto; más bien, dimensiones heteróclitas de inspiración *viral*, son como inocultables llagas que delatan la crecientemente sintomática realidad del conjunto de las emergencias sobre la piel del global aparato.

Incluso ellas terminan ilustrando consolidaciones que son en realidad reclusiones desdobladas desde lo reclusivo mismo; quísticas invaginaciones, vacuolas máquicas, de las cuales las drogadicciones resultan ser paradigmática ilustración.

Pues bien: sin esos obligados reconocimientos, la localización de las drogadicciones resultaría siempre precaria, insuficiente;

al menos así se lo piensa desde esta versión de los asuntos, la Clínica de lo Social, donde lo clínico termina sumándose a la sintomatología que busca reducir.

SEGUNDA PARTE

DROGA Y CONSUMO

Introducción

UNO. Cuando en la clínica de lo mental se empezó a reconocer la inocultable presencia de los comportamientos drogo-

adictivos se abrieron debates diversos que oscilaban entre desconocer de plano la problemática pensándola ajena de sus ya demarcados territorios, o bien creyendo que se debía sumar una estructura más al mapa de lo psico-patógeno; o en cambio, que se trataba de una modalidad sui generis lo cual obligaba a pensar la temática como inevitablemente marginal.

Más específicamente visto todo: dado el análisis del modelo drogo-adictivo que entonces fuera propuesto por la Clínica de lo Social ¹¹ cabe pensar que sus derivaciones estético-transdisciplinarias podrían parecer tan amplias y genéricas que las especificidades del asunto de modo inevitable se desdibujaban tornando laxas y derivadas.

DOS. Obligaban tales abordajes entonces a selectivos, excluyentes apuntalamientos teóricos, los cuales generaban inevitables restricciones aplicativas, francos deméritos en su accionar que, al menos a la luz de la perspectiva tradicional de las clínicas de lo psíquico, apenas terminaban generando una discutible prevalencia especulativo-dilatoria; intensificar reflexiones en cambio de proceder con la urgencia que el despliegue incontenible del emergente drama mórbido imponía resultaba francamente inapropiado; sin, por lo demás, generar reales develamientos de tan desbordantes trasfondos.

Y si ellos se hubieran dado, todo apuntaba a reconocerlos a niveles tan envolventes, que cualquier accionar parecía condenado a la más inútil y precaria gestión; colocados los soportes del asunto tan distantes de cualquier incidencia inmediata y efectiva no restaba más que resignarse y declararse definitivamente impedido.

¹¹ Cf. Nuestro texto anterior, "Droga y adicción".

TRES. La verdad es que, antes de cualquier posible capricho personal, antes de la arbitraria imposición de perspectivas tan peculiares como injustificables, el despliegue del modelo mórbido reconocido como drogadicción ha venido ampliando su cobertura, dándose paso con ello a más de una sorprendente e inicialmente imprevisible derivación.

En efecto, al lado de adictos directamente reconocibles; sumándose a ello el progresivo irrumpir de un armado, dueño de sus propias lógicas y emergencias de un modo u otro unificadas a partir de la tajante abstracción que reconoce allí drogadicción inapelable, se reconoce a su vez que tanto más envolventemente emerge ese registro al cual sólo es válido apelar, consumo de drogas.

Y nunca las consecuencias habrán de ser las mismas en referencia con uno u otro asunto, y no se trata apenas de un asunto meramente nominal.

CUATRO. A partir de allí torna imperativo reconocer que un asunto son las drogas, otro las adicciones y otro, aún más envolvente, el consumo.

Es más, lo adictivo en enlace con el consumo va tanto más lejos de cuanto se pudiera circunscribir a la escueta y siempre particular ingesta de variadas drogas, siempre capaces de generar efectos, no sólo diversos, a menudo francamente imprevisibles.

Subsumido todo por la envolvente presencia del consumo,¹² resultantes crecientemente regladas y generadas más allá de

¹² El consumo nombra en principio, niveles de necesidad que no son entonces cuanto aquí se viene cuestionando, valga la aclaración.

escuetas resultantes a las cuales da paso la ingesta de drogas, debe reconocerse decidiendo y unificando allí la tanto más determinante cobertura de lo capitalista.

Por lo demás, con ello el problema de las drogadicciones ni se diluye ni se desdibuja; antes bien, inflamado tanto más a partir de allí su condición torna asaz dominante e indetenible.

CINCO. Más allá de objeciones y críticas de todo orden a la propuesta generada desde la Clínica de lo Social la pregunta entonces tendría que dirigirse a los aportes derivados de la inclusión de un abordaje semejante.

No sólo la posibilidad de descubrir zonas veladas, apenas reconocibles a partir de la expansión del campo de visión que el nuevo enfoque promoviera; también la inclusión de claves inicialmente imprevisibles a las cuales diera lugar la emergencia de una sintomatología de ese tipo y que sin embargo se ajustan a la lógica que rigiera en los inaugurales abordajes clínico-estéticos.

Antes que permitir ampliar la continuidad de un discurrir indiscutido, tal expansión retrata la urgencia de reconocer la creciente presencia de un corte tajante en el modelo de conjunto.

Incluso el consumo a esos niveles básicos, ni qué decirlo, es previo a toda tiránica involucencia de lo capitalista: consumo de aire, por ejemplo.

Sólo cuando esos registros se trascienden y se colectivizan resultantes que alteran las urgencias naturales, creándose en cambio necesidades artificiales desde el despliegue de modalidades de goce o a partir de aterradas expectativas de supervivencia, se consolidan despliegues acumulativos o desbordes, que como la drogadicción, ilustran apropiaciones de desmesura por parte del modelo de conjunto mismo; necesidad de éste, donde quienes soportan semejantes apropiaciones o procedimientos como obligados soportes suyos, resultan ser apenas efectos, consecuencias, productos de ello.

SEIS. Hasta entonces localizado por las clínicas tradicionales en las personas mismas, descifrar las reales condiciones diagnósticas que buscan apropiarse de lo mórbido desde la ampliación de tan restringidas y empíricas territorialidades impone a su vez alterar drásticamente los criterios evaluativos que operaban allí.

Difícilmente resulta el empirismo encubriendo los reales trasfondos de una determinada problemática como acontece con las drogadicciones; de donde, no sólo se trata de renunciar a la más ingenua perspectiva que cree hallar la verdad de los asuntos en sus más inmediatas y visibles emergencias; se trata además, de rastrear de manera progresiva sus despliegues, los cuales van modificándose de modo imprevisible, en la medida de su empoderamiento, creciente, indetenible.

Las drogadicciones, antes de ser una nueva versión psicopatógena que se suma a la lista habitual de estructuras reunidas como diversidad de opciones a las cuales, a partir de anormales despliegues, lo psíquico viniera consolidando desde siempre, cuestionan de raíz lo clínico mismo.

SIETE. No sólo entonces, imponiéndose la génesis de obligatorias reformas que incidieran de un modo u otro en la versión que hasta entonces se tuviera de cada asunto específico; urgiendo de necesarios y continuos reajustes y readaptaciones desde que se reconocen inocultables desarticulaciones en el andamiaje global donde reposan las resultantes mórbidas; sin duda, desatándose la urgencia de una suerte de clínica de la clínica que pase a responder por aquello que ya la clínica misma no consigue mínimamente ubicar.

Reinscripción desde lo clínico, nombrado a partir de ahora desde un neutro donde lo estético se incluye de modo decisivo y predominante; doblegando, sólo así, las escuetas y empíricas demarcaciones de los literales abordajes clínico-tradicionales.

Lo clínico entonces, entendido como nuevo registro donde lo transdisciplinar y lo estético pasan a primar y a regir de modo definitivo y envolvente, desde que se asume el reconocimiento de un modelo de conjunto, a su vez definitivamente transformado.

OCHO. Pues bien: ha de ser aclarado, que cuando aquí ha sido cuestionado lo aplicativo, no debiera pensarse que se trata de algo tan extremo que impidiese cualquier posible opción de incidencia; de entrada consistió ello en la instauración de un recurso metodológico que buscaba contener la urgencia de precipitadas salidas, sólo convalidadas por la presencia de una mórbida problemática, creciente, incontenible; detener de algún modo el desbocado accionar, tan ciego como injustificado, buscándose con ello repensar a fondo asuntos donde no sólo las resultante patógenas estuvieran desde siempre cubiertas; a sabiendas de que el ejercicio aplicativo no se iba a detener por sólo ello, al margen de lo cual de modo excepcional siempre cabría la opción de gestiones aisladas de ese orden.

NUEVE. Tampoco se objetaba cualquier aplicación posible, tratando en cambio de imponer selectivas y excluyentes ofertas puramente especulativas.

La objeción, si bien se ven las cosas, no era de lo directamente aplicativo, más que en cuanto con ello se derivaba la cancelación del énfasis en lo teórico.

Por decir algo: siempre fue reconocido a nivel de estas reflexiones, que antes de abstraer de manera empírica a las personas y decidir a partir de allí los procedimientos aplicativos, era la localización del problema mismo cuanto tendría que decidir el empleo de diversas estrategias, tanto como la coherencia de los abordajes que en consecuencia se imponían.

DIEZ. Por otra parte, ha sido resaltado previamente que el problema, al menos a nivel de las drogadicciones, se mueve de continuo; para nada se reduce a perpetuarse alojado en las constantes más visibles y fijas; o sea, apenas a nivel de los ingestores en cuanto tales.

Otra cosa ha de ser sin embargo, reconocer la relatividad del accionar terapéutico, en la medida en que sin duda sus efectos resultan, de modo inevitable, sobrepasados por la amplitud creciente, incontenible, que el problema mismo evidencia.

Es esa la razón por la cual se ha pensado, que objetar las pretensiones ingenuas de procedimientos locales y francamente limitados, en contraste con el reconocimiento de coberturas tanto más vastas y hondas, obliga a exploraciones donde lo aplicativo demanda ajustarse a la contundencia de nuevos desciframientos.

ONCE. Así tales develamientos falten, no resultan por ello menos decisivos; tanto más aún, si semejantes recursos terapéuticos siguen dándose, ajenos frente a cualquier predominante urgencia descifradora.

Inútil ha de ser pretender que la sola gestión que de este modo se impone altere, de una vez por todas, los armados de fijas y sólidas consolidaciones de antiguo afianzamiento, difícilmente removibles.

Apenas se busca definir un norte, avanzando en consecuencia en pos de una aproximación, siempre relativa.

En fin, mirar las posibilidades que se abren a la nueva oferta teórica, ha de ser entonces cuanto se imponga adelantar a partir de ahora; y, en consecuencia, será de ello de cuanto en adelante se trate aquí.

Narcotráfico y drogadicción

UNO. De hecho no existe una versión clínica del narcotráfico, ni siquiera una inclusión de este último en el abordaje tanto teórico como aplicativo de las drogadicciones.

¿Cómo es posible que sin que el tema obligue a detenerse a revisar las cosas con toda seriedad se den al tiempo sin interferirse una clínica de las drogadicciones al lado del incontenible despliegue del narcotráfico?

Es más, dado que el tema se contamina de continuo y progresivamente con asuntos de ley, ¿cómo juntar

dimensiones que sobrepasan lo meramente disciplinar sin dejar de contemplar una precisa oferta clínico-aplicativa?

DOS. El entronque entre lo legal y lo clínico, pues de hecho a nivel pragmático ello acontece de continuo ¿cómo habrá de sortearse sin que la condición patógena ceda en dimensiones francamente decisivas?

En general, los clínicos de modo principal y excluyente se concentran en la realidad que decide de manera directa e inmediata al drogadicto; no que se excluya observar entonces marcas de todo orden que afectan al ingestor; es que para semejantes perspectivas resulta imposible abandonar la condición nuclear que hace del drogadicto el decisivo asunto.

Sencillamente, como se trata de la entronización del empirismo, pues el drogadicto es lo primero que de modo indiscutible aparece a la vista; por ende, se parte de ahí sin remedio y a ello se subordina todo, sin discusión mayor.

TRES. El acumulado de casos termina armando un desborde tal que es sólo ello cuanto termina condicionando las urgencias de directas intervenciones sin atender apenas a los reales efectos terapéuticos.

A su vez, justificado su accionar a partir de empeños que buscan alterar comportamientos considerados mórbidos, los profesionales de la clínica de lo mental se ven obligados a invaginarse, a negarse a transformar sus concepciones del lado de un abordaje de más vasta cobertura, con lo cual se permitiría incluir incidencias tanto más contundentes y determinantes.

Los clínicos se restringen por ello a procedimientos cada vez más especializados, a lo cual se suma el rechazo a incluir soportes teóricos desde los cuales sin embargo tales operaciones se justifican; en efecto, la localización teórica supuestamente prevalente resulta entonces asfixiada por los empeños incontrolables de semejante expansión aplicativa.

CUATRO. A falta de respuestas contundentes que permitan explicaciones vigorosas se amplía una oscura zona sobre la cual el problema se expande sin que nada delate interferir semejantes despliegues.

Independientemente de marginamientos y de inocultables incapacidades de integración social, sólo entonces, de modo paulatino, se reconoce allí la presencia de un peculiar modelo alrededor del cual los ingestores se agolpan y unifican.

Y ha de ser al parecer sólo por ello, que la abstraída drogadicción pasa a diferenciarse y a predominar sobre los drogadictos; lo clínico cede así el paso a lo jurídico; registro este último que ha de encargarse de la reglamentación de cuanto terminará reconociéndose, antes que a título de condición mórbida, como dominante clave de ilegalidad.

CINCO. Lo jurídico obliga a asumirlo todo desde dimensiones globales, tanto en perspectiva estatal como a nivel de demarcaciones internacionales, subordinando si no marginando las dimensiones donde se supuso rigiera lo individual-empírico.

No que lo clínico desaparezca; es que el asunto se escinde de modo progresivo y decisivo, cerrándose así frente a la posibilidad de responder de modo simultáneo, desde un sólo

frente, por la envolvente y ampliada complejidad que el modelo plantea.

Ha de ser por ello, que visto todo desde una vasta panorámica, no menos periférica, el tema del narcotráfico pasa a comandar allí sin apenas incluir al consumidor de drogas más que a título de derivada consecuencia.

SEIS. De nuevo: no que se desconozca la opción punitiva o el recurso laxo que aún entonces, jurídicamente, califica también al drogadicto de modo inocultable; sólo que desconociendo la clave mórbida o apenas incluyéndola compensatoriamente de manera tardía se habrá de terminar derivando responsabilidades y renunciando a válidas explicaciones; son claves valorativas y legales las que pasan a evidenciarse y a decidir.

El drogadicto aparece sumado a un contexto donde lo extralegal le condiciona más allá de sus ingenuas pretensiones aislacionistas.

Como fuese, tanto en una como en otra circunstancia, clínicamente visto todo o bien sumándose a la versión jurídica, se delatará el impedimento para conseguir pertinentes apuntalamientos y seguras síntesis.

SIETE. Podrían recogerse las cosas señalando que la reconocida escisión termina equilibrándose desde la consolidación de polos antagónicos; uno de los cuales asume la perspectiva de lo jurídico y se decide en consecuencia a partir de la prelación del tema de las drogas; mientras del otro lado el registro de lo clínico, tal cual ya fuera resaltado antes,

ajeno frente a todo ello se contenta con seguir dando prioridad al drogadicto.

En la mitad, más allá de claves empíricas que a su manera deciden en ambos casos los asuntos subyace el vínculo entre la droga y los ingestores; enlace este que, así resulte marginado, subordinado, minimizado incluso, debiera reconocerse como la razón de ser de lo adictivo.

OCHO. Antes de tomar partido por el tema del consumo debe reconocerse que, al menos a nivel de la incidencia de lo psíquico, el entronque que arma la droga con su ingestor es enigmático e irreductible a meras urgencias de colectivas ingestas; en efecto, ese vínculo repone registros de sombra y desconocimiento que desde tiempo inmemorial abren el mundo del lado de dimensiones otras, apenas repudiadas en cuanto no se soporta la realidad de sus sintomáticos ¹³ anuncios.

Sostenidas irrupciones a través de los tiempos, que aunque siempre escindidas, tendrían que ser reconocidas como inocultablemente decisivas y definitivas, no sólo si se hiciera posible juntar lo jurídico con lo clínico; que, a pesar de incluir también registros de lo grupal y colectivo, trascienden de hecho la dimensión de las actuales resultantes.

¹³ Es claro: lo sintomático, ya ha sido alguna vez planteado así al interior de estas reflexiones, ha sido empleado como asunto empírico que califica a quienes son portadores de específicas patologías, propiciando con ello un abordaje exclusivo y excluyente; pero lo sintomático permite a su vez abordajes que le reponen como anuncio de aquello, que a nivel presente, resulta impedido; o bien, que se anuncia bloqueado, que aún no emerge, y que podría abortarse, antes de redondear sus posibles despliegues.

Esa versión a futuro de lo sintomático presupone una asunción ampliada que tampoco lo jurídico cobija ni apuntala; que poco interesa a tales registros para el afianzamiento de sus demarcaciones.

NUEVE. No sería válido sin embargo apostar sin más por esta exclusiva dimensión.

La constancia del recurso que atraviesa la historia de lo humano obliga a reconocer que no se trata de una estructura patógena más; además, se delata con esos recorridos que el modelo se altera; obliga a reconocer especificidades donde dimensiones decisivas de los colectivos encuentran también opciones de despliegue.

No ha de ser la misma resultante aquella que desde la prelación de lo mágico, con el empleo de determinadas drogas, apunta a la comunicación con los dioses, redondeando un modelo donde si bien la droga viene a lograr indispensables redondeamientos, lo social por ende estaría delatando al tiempo inocultables deficiencias suyas.

DIEZ. El modelo contemporáneo hace un uso diverso del consumo de drogas, qué duda cabe; no basta sin embargo con señalarlo; la inteligencia que subtiende en esos procedimientos llama a ser develada, antes que pretender erradicarla con el empleo desesperado de inútiles e siempre insuficientes recursos.

El entronque entre drogas e ingestores que da paso a indiscutibles metamorfosis en estos últimos delata un encuentro, indudable, inocultablemente complementario; permite conjugaciones, si bien no directamente comprensibles, sin duda, portadoras de una indiscutible contundencia; generadora de marcas decisivas, para nada factibles de fáciles remontamientos y erradicaciones.

ONCE. Registro entonces donde lo humano tendría que graficarse de manera diversa sin verse necesariamente obligado por ello a factibles reducciones; y de existir ello, asunto no necesariamente impedido; permitiendo exploraciones donde las verdades últimas que allí subtienden, de pronto sorprendentemente expuestas llaman a su urgente develamiento.

Pero no es esa la constante; en cambio, antes que emerger directamente a la superficie tornando visibles e innegables, tales dimensiones permanecen adheridas a lo secreto, celosamente ocultas e inalcanzables.

La dimensión mutante que evidencia el encuentro entre drogas e ingestores de las mismas, delata decisivas latencias, la presencia de imprevisibles substratos, de indiscutible validez objetiva sin embargo; de innegables incidencias, imposibles de soslayar o cancelar.

DOCE. Esos trasfondos permiten reconocer, de uno y otro lado, inmensas y primigenias lagunas de sombra, donde irremontables retos teóricos sin resolución posible delatan, que mientras no se los incluya, inevitablemente se estará allí operando a ciegas.

No basta ello para reconocer, que tantas oscuras circunstancias, realmente ilustran el impreciso pero contundente desdibujamiento de modelos aún más vastos de los cuales tampoco se consigue dar mínima cuenta; lo cual, si bien no evidencia para nada la irrupción de un mundo definitivamente nuevo, viene dando paso sí a resultantes múltiples e indetenibles, donde así lo humano, lo social y lo urbano no se derrumben de una vez por todas de manera

tajante, pasan a combinarse de formas, diversas de las habituales, buscando adecuarse a la contundencia de semejantes avalanchas.

TRECE. No deja de preluarse de ese modo la presencia de lo máquico, que progresiva, inapelablemente, lo cubre todo y lo va reduciendo al imperio de sus demarcaciones.

Es a partir de allí que a lo humano, lo social y lo urbano, se les imponen renovadas urgencias de intercambio, de complemento y de contraposición; y ha de ser eso máquico, el alma renovada del modelo envolvente, que en más de un caso suple a aquellos y termina justificándolos y alterándolos, de manera inapelable e irreversible.

Pues bien: reclusión tecnológico-terrorista, hija de todo ello la modalidad drogo-adictiva, si bien es su forma más paradigmática, ha de ser ello en cuanto permite ser localizada desde la unificación recluyente en vacuolas máquicas, oscilantes en extensión e intensidad, pero siempre tercamente reclusas en su propia prisión irreductible.

CATORCE. Estas vacuolas máquicas sobrenadan sobre franjas de exclusión que el modelo global predetermina; de hecho, a esos niveles resultan subtendidas y perpetuadas por la contundencia de armados donde se reconoce entre otros modelos el narcotráfico, decisivo y paradigmático: poderes que lo marginal consolida y que refluyen estallando a partir de imprevistas repotencializaciones.

Y es que, siendo a su vez modalidad ejemplar de lo capitalista, no tiene por qué extrañar que la drogadicción termine juntándose como indiscutible modalidad de consumo con el

resto de ejercitamientos, que a partir de idéntico núcleo, se imponen de manera global; apuntando con tanto o mayor radicalidad a la más extrema desmesura.

QUINCE. Reconocida la ingesta de drogas como signada directamente por la incidencia de la condición consumista que decide la involucencia de lo capitalista, no extraña que se aluda al consumo de drogas como sinónimo de las drogadicciones; nociones ellas, indistintamente presentes y que proceden de una misma cepa generadora.

Sin embargo, vistas desde esas coberturas, las drogadicciones se diluirían si se quisiera reconocerlas apenas como meros asuntos de exclusivo abordaje clínico-particular; de hecho terminan urgiendo de permanentes medidas de control, que incluyen y demandan la presencia de diversos registros de poder, por todo lo cual rematan reapuntaladas desde demarcaciones jurídico-políticas, tan crecientemente tajantes como inevitablemente infructuosas.

DIECISEIS. Procedimientos por lo demás que no se resignan a meras opciones de acción local; que imponen de manera creciente acuerdos y ampliadas coberturas en la medida en que el problema, sin soluciones reales mínimas, se expande de forma incontrolable; trascendiendo demarcaciones geográficas, delimitaciones apenas convencionales, que acostumbra lo humano para segmentar la tierra; si bien no artificiosamente sí partiendo de otro tipo de urgencias y sobre-determinaciones.

El consumo, que a partir de un punto no puede dejar de ser, si no directamente adictivo, sí inapelablemente adictivante,

termina generando la resultante actual, donde “eso adictivo” se va extendiendo más allá de todo soporte de sustancia adictivante visible, lo capitalista mismo

DIECISIETE. En efecto, la meta, a corto o largo plazo; la realidad que sin duda impera ya, hacen de lo capitalista envolvente registro donde, además, lo adictivante resulta inapelable.

Pues bien: sin que las drogadicciones desaparezcan tampoco por ello, lo cierto es que la masiva ingesta de drogas torna hoy en día apenas adicional modalidad de consumo, alternativa de registros que se extienden enajenantes y recluyentes; que sobre todo, obligan al reconocimiento de renovadas claves de despliegue, mórbido sí, pero decididamente alterado en cuanto tal.

Cuanto fuese pensado como posible estructura adicional sumándose como tal al interior del mapa de lo psico-patógeno, termina delatándose como síntoma; síntoma en el armado de conjunto mórbidamente cobijado por ingobernables envolvencias.

DIECIOCHO. En efecto, para tan actual perspectiva, resulta indudable semejante prelación; al punto de borrar las supuestas claves decisivas de apuntalamiento, a las cuales se aludiera previamente, que rigieran a nivel de lo humano y lo social desde épocas inaugurales, donde además se ha venido engordando lo urbano, tornando desbordado, y con ello, progresivamente prevalente.

Es más, entre múltiples alternativas otras, lo drogo-adictivo es retén de ingreso en el modelo donde el consumo incontenible

está cada más presente; por lo demás, consumo recluyente que impide el reconocimiento de cualquier otra posible alternativa de despliegue.

Su lugar se ha trocado, su sentido se ha invertido, pasando con ello, no sólo a conjugarse como opción que parte de lo mórbido; que de hecho lo remonta, y que amenaza con generalizarse, allí donde por tradición siempre fuera parte, efecto solamente.

DIECINUEVE. ¿Qué pasa finalmente con la inserción del narcotráfico como asunto indispensable para el reconocimiento del tema?

Lo narcotraficante, como versión indispensable desde la realidad de lo capitalista, incluye el tema de la droga como jugoso negocio; modalidad paradigmática de esa otra sintomática desmesura donde el dinero rige haciendo caso omiso de humanos atenuantes.

Se trata de un modelo, de antemano reconocido como “salvaje” en la medida en que la excusa de lo humano, allí se borra del lado de más primarios y frívolos objetivos; donde apenas rigen el poder y el interés; sin la mediación “piadosa” de lo capitalista que gustara de máscaras y simulaciones donde gusta fulgurar como retrato del “mejor de los mundos posibles”.

VEINTE. Lo monetario-capitalista y lo drogo-adictivo confluyen en una misma resultante, donde sin embargo los linderos y las opciones de lo clínico y de lo jurídico, así ambos hagan caso omiso frente a ello, se desestructuran de modo radical, impedidos como están para cubrir a plenitud el territorio que de un lado y otro la dupla desmesura amplía sin contención.

Semejante confluencia de desmesuras sólo admite graficación donde se entiende a éstas como encarnadas modalidades, afectadas de manera esencial por lo tecnológico-terrorista.

Y lo tecnológico-terrorista, en tanto indispensable clave que exacerba y estimula la cobertura de lo máquico; visto todo al interior de un mapa donde ellas se vienen progresivamente acomodando sin hallar aún la certeza plena de su redonda y dominante condición.

VEINTIUNO. Lo máquico, que decide los despliegues de lo capitalista, y que en cuanto se le incluye admite prever de algún modo las variantes de un futuro, hasta entonces indescifrable e imprevisible.

Ahora bien: a pesar del creciente e indiscutible apuntalamiento máquico desde un insuficiente presente, que resulta sintomáticamente obligado a incluirle sin atenuantes, al menos mientras ello se redondea de modo pleno este señalamiento pareciera contradecir afirmaciones previas en relación con el impedimento para conseguir posibles previsiones frente a la sucesión de despliegues aún inejecutados.

Pero es que es el dominio de lo máquico sobre lo humano-social-urbano, pone en jaque en primer lugar a este andamiaje; hasta ahora reconocido, como de algún modo inamovible; al menos, modifica de manera tajante sus habituales intercambios y complementaciones.

Por supuesto: saberse al tiempo ubicado allí y al tiempo dejando de estarlo, puede dar paso a un sin número de incomprensiones.

VEINTIDOS. De hecho, es esa previsión de desplome la que resulta incierta e inquietante; y, en consecuencia, es desde allí que se abren las puertas a mundos no menos aprehensibles; como no fuera por rutas de ficción, sin duda algunas veces intentadas.

No se trata pues apenas del impedimento para precisar tales evasivas resultantes; es la incapacidad para garantizar que el avance no apunta hacia el estallido inevitable que repondría el origen, reconocido como explosión global demoledora, el inauguralmente denominado “big-bang”; o si por el contrario, resulta factible esperanzarse con un mundo, si bien distinto, aún posible; sin duda, aun visto todo así, mundo tan extraño como inimaginable.

VEINTITRES. O sea, que lo vedado es la urgencia de colocar lo mítico en el futuro, armando renovada, peculiar utopía; inversamente, se trata en realidad de la incapacidad de refundar la fe frente a las incontenibles derivaciones de un modelo que de continuo amenaza con desbocarse sin contención posible; que, en tanto tal, puede derivar del lado de hecatombes imprevisibles y definitorias; mientras entre tanto se contenta con permanecer dentro de una precariedad creciente, que quiérase o no, permite de cualquier forma, sobrevivir aún allí; incluso, increíblemente, en más de un caso dentro de un parcial y escindido confort; negación extrema, tan selectiva y parcial como innegable.

Drogadicción y Obra

UNO. Sumada sí a todo cuanto fuera previamente resaltado, reconocida la involucencia consumista y a sabiendas que ello no la desaparece; por el contrario, tal cobertura termina permitiendo la instauración y perpetuación de la drogadicción como definitiva clave mórbida, entonces sintomáticamente renovada y renovante, dado pues todo ello persiste la pregunta que busca capturar los reales trasfondos que subtienden y perpetúan a tan evasiva problemática.

Más que a específicas personas, clave ésta sin embargo que califica a un modelo enquistado al interior de lo social, síntoma en lo social.

Invaginaciones de corte viral que han sido aquí denominadas vacuolas máquicas; que son enquistamientos reclusivos, los cuales en la medida de su expansión refleja, terminan calificando a lo capitalista mismo permitiendo se lo reconozca como una suerte de droga intangible; por extensión, tornan en verdaderos adictos suyos, quienes padecen su dominación y cobertura.

DOS. Por nombrar apenas lo más abultado: es esa la razón por la cual, dígame el trabajo en la actualidad, puede resultar siendo inabandonable y generalizado modelo enajenante-esclavizante.

Desde esa perspectiva vinculatoria con lo capitalista, donde resultan fusionados habitantes del modelo y el propio modelo, el trabajo puede llevar a extremos desbordados de sometimiento que nada tienen que envidiar, al menos en sus efectos empobrecedores y reclusivos, a las formas más contundentes de la dominación drogo-adictiva.

No se trata pues sólo del despliegue impersonal de una mecánica estructura que marcha por sí sola sin urgir del soporte de humanas derivaciones; sin esa dominación extrema e inapelable que a partir de allí tal envolvente armazón impone a estas últimas, tal modelo de conjunto carecería de opciones de despliegue; de hecho semejantes alternativas sólo se evidencian y consolidan a partir de ello.

TRES. De otra parte: habitualmente, si no desapercibido, al menos sí escasamente reconocido como condición principal; recurso caro a lo estético; inicialmente permitida su recuperación desde una dimensión linderal, el empleo del neutro antes de escueto recurso nominal comienza por permitir el trascendental reconocimiento de su envolvencia sobredeterminante.

Ahora bien: cuando a su vez se suma la suplantación que lo desdobra y reacondiciona; cuando el neutro subsume y califica reclusivamente a modalidades donde fueran decisivas otras modalidades suyas; neutros previos, tanto más constituyentes, que hacen posible empezar a entender el sentido de modalidades donde, si bien lo estético no falta, pasa a constituirse como irremediabilmente sintomático.

CUATRO. En cuanto impone ser reconocido a título de involucramiento definitorio, de soporte formalizante, desde que ha pasado a recubrir reclusivo-máquicamente matrices basales tal cual lo son sin duda lo humano, lo social y lo urbano, emerge el ahora tanto más decisivo registro de lo capitalista.

A partir de allí al neutro, reinstaurado como duplicación, neutro del neutro, le acompaña y decide un nuevo entronque con lo secreto.

En efecto: tan enigmática, si no más, esta modalidad reclusiva impone reconocer, no sólo una nueva y peculiar manera de asirse a lo secreto; lo hace eclosionar sobre la periferia del modelo, generándose así inevitables estallidos y malformaciones.

CINCO. Y ha de ser todo ello inapelable porque, indiscutible y al tiempo indemostrable; trocado en insalvable retén para las matrices fundantes de lo humano, lo social y lo urbano; en cuanto reconocido e irremontable registro reclusivo, tanto más contundentemente, lo capitalista no sólo se asume como suplantación matricial que le impone como condición predominante donde lo sintomático torna irremontable; a su vez, si no la suplanta de modo definitivo sí, urgido por ello, pasa a someter y a alterar de continuo a la realidad misma.

En efecto, localizado el capitalismo inicialmente entre dos caras: una humana, otra más contextual y envolvente, el sistema económico como tal; en cuanto forma recluyente, así impedido para consolidar reales síntesis, lo capitalista, tanto más vasto y sobredeterminante, busca cubrir las emergencias que inagotable, inconteniblemente, la Obra, la obra humana de conjunto, genera y/o apropia de modo inapelable.

SEIS. Suerte de alma de la Obra, lo capitalista, inaugural línea intangible apenas reconocida a partir del registro estético, amplía su cobertura en ambas direcciones, hasta permitir su reconocimiento a título de envolvente, definitoria, recluyente formalización.

Esa dimensión de lo capitalista permite dar animación máquica a cuanto de otro modo resultaría insostenible por inamovible.

Desde una perspectiva escuetamente disciplinar resulta imposible ilustrar semejantes despliegues; sólo a la luz de lo transdisciplinar; sumando a ello, se insiste, el indispensable énfasis en lo estético, que a partir de allí torna inapelable, se consiguen estos reconocimientos y se da pie a una más pertinente localización y a la apertura hacia la posible apropiación de tan evasiva y sin embargo determinante perspectiva.

SIETE. De otra parte, una vez reconocido que se trata también del *globalizado doble impedido*, la inclusión suya comporta en cambio, no apenas la incapacidad de la super-estructura para “saberse a futuro”; ciega e imprevisible marcha, sin embargo dueña de su despliegue, sin que sujeto alguno le justifique ni perpetúe en ello.

Obra sí apabullante y dominante, al fin y al cabo obra de humanos no se impone la directa mediación de dioses ni de poderes sobrenaturales otros para conseguir dar cuenta de sus enigmáticas animaciones.

De hecho, a falta de cualquier posible explicación allí, se imponen versiones espurias de todo orden; si no es que de hecho se dan sometimientos y subordinaciones, como si el

modelo resultara proceder de un formato indescifrable al cual no resta más que obedecer; todo porque cualquier oferta animista o mítica resulta improcedente cuando pasa a evidenciarse y a decidir la prelación máquica.

OCHO. Lo máquico, formato que hace de lo secreto, doble enigma; multiplicada e intangible dimensión donde lo supuestamente imprevisto irrumpe tardío e irreductible.

Sumado al modelo natural de base, para lo cual resulta inapelable la incidencia de lo humano sólo en cuanto trocado en clave urbana; desde que inflado e indomeñable crece, lo máquico, si bien no dando paso a redondas amenazas de enfermedades terminales, el llamado a futuro que se ofrece como ilusa propuesta de utópico y redondo progreso podría en realidad, si no estar anunciando tampoco de manera innegable la impostergable reposición del big-bang inaugural, sí obligando a reconocerla como amenaza inocultable; presente allí, al final de la ruta, como rostro real de cuanto nunca pudiera verse ni le estuviera permitido saberse.

NUEVE. Como fuere, a partir de todo ello emerge un doble parasitismo, que en principio parecería aspirar a ser complementario: en un extremo, la exterioridad envolvente, reinterpretada desde la Obra y, de otro, lo seres humanos subordinados, producidos antes que productores.

Todo ello, recubierto por la envolvencia formal de lo capitalista que sin armar reales síntesis, genera en cambio compensatorias reclusiones, a partir de exclusiones e inclusiones que tales globales despliegues obligatoriamente imponen.

Lo cierto es que para nada se trata allí de algo mínimamente equilibrado; como un cuerpo que se anima cuando un alma, que a pesar de externa, pasa a ser inevitablemente interior a partir de esa indispensable e innegable, recíproca retroalimentación, la ingente maquinaria termina portando indomeñables e ingobernables poderes, que someten sin contención a cuanto deriva subsumido a partir de la lógica de las apabullantes urgencias reproductivas del modelo de conjunto.

DIEZ. Ese duplo parasitismo resulta siendo, antes que síntesis armónica, desnivelada y deformante resultante; al punto de hacer creer a los hijos de lo capitalista que semejante involucencia reclusiva es definitoria, fundante; tan necesaria e inabandonable como el aire que de modo inevitable a su vez ellos respiran.

La resultante es por todo ello evasiva y enigmática; en realidad incapturable para la perspectiva humana que no sabe pensar lo linderal.

Ahora bien: quizá sea por ello que las claves *virtuales* que dan paso a desbordamientos del *doble*, evidencian y reponen por ello, una extraña, inubicable urgencia, la cual por supuesto no logra coincidir con la nostalgia ni con fenómeno alguno equivalente pero que es puesta en acto desde una carencia fundadora, paradójicamente determinante; suerte de motor en negativo que mantiene a todo en permanente, indetenible despliegue.

ONCE. Urgencia extraña e inapuntalable que si bien no permite una real auto-captura del modelo global, que impide re-asirlo a

partir de un directo referente virtual, tampoco puede ceder a la obstinación que desde la base de todos modos busca consolidarse.

No sólo que un espejo externo que permitiera tal captura ni existe ni podría existir jamás; menos aún resulta dable, antropocéntricamente visto todo, presencia alguna equiparable con la mera apetencia, con un preciso e innegable modelo deseante; se trata en cambio de otra modalidad que indistintamente sostiene a toda resultante en cuanto sintomática.

Pero es así como *lo virtual* se decide: urgencia de espejos, en la medida en que no existe el espejo que a su vez lo retrate y aloje; sólo por esa vía de ausencia irremontable se consolida la emergencia del *doble* y hasta de sus *virales* invaginaciones terroristas donde termina irremediabilmente apuntando.

DOCE. Como fuere, dando paso a despliegues derivados que suplantando compensatoriamente su mecánica urgencia, desprendida y sostenida desde esa decisiva carencia, la maquinaria delata la insólita constancia de una ausencia constitutiva que en principio y finalmente le rige; generador reiterativo que por rutas de ingobernable e inútil reposición, perpetúa el juego incontenible de resultantes que se desbocan en pos de inalcanzables coberturas.

O sea que, así fuese insostenible pensar el asunto como decidido a partir de claves de algún modo intencionales, existe sin embargo el inllenable agujero que entonces se quisiera inútil e inevitablemente completar desde lo humano.

Lo cual no significa que las cosas por ello se detengan; cuanto termina siendo determinante impedimento formal, de hecho se

retrata como cuanto en realidad es: escindido extremo de fuerza que no puede negarse a la formalización; así sea ésta, por desbordada, compensatoria y sintomática.

TRECE. Ha de ser pues por ello que resalta el bloqueo que el modelo de conjunto evidencia y que no sólo consiste en la incapacidad para auto-preverse que caracteriza a la maquinaria capitalista; se perpetúa a su vez un despliegue, que al surgir desde un definitorio punto ciego, termina generando estallidos desde esas fuerzas imprevisibles; a partir de un punto, impedidas para la “sublimación” formalizante.

Se concluye entonces: el modelo de conjunto resulta ser al tiempo impersonal y sobre-determinante; y aunque no exista subjetividad alguna incluida allí, no por ello se trata tampoco de una “demente” maquinaria que a falta de un certero gobernante derive impelida sin rumbo desde lo arbitrario y lo caótico.

Un ordenamiento, que no es mágico pero que se impone sin visible y racional soporte, se convierte en empirismo portador de una loca e inexplicable inmediatez.

CATORCE. De otra parte, dada a partir de un punto la señalada escisión entre la forma y la fuerza; al interior ya de un contexto que le precede, rebasa y predefine, enajenado a partir de un hacer imperativo, el despliegue de lo humano se re-consolida sin embargo del lado de un apuntalamiento progresivamente diferenciado, y sólo por ello dueño de ilusas aspiraciones autonómicas.

Lo doble-parasitario pues hace parecer “vivir” a la estructura de conjunto y al tiempo subordina y somete la vitalidad de lo humano, su singularidad.

Si no, permitiendo dar cuenta de sus inauditas animaciones al modelo de conjunto que ofertan a éste como maquinaria capaz de reproducirse sin ajenas intermediaciones, sí incluyendo a cuanto termina apropiado como producto suyo; ello sí, desde su punta humana, inocultablemente animado; lo cual invierte el resultado, obligando así a esta última, a la punta humana que le redondea y ayuda a perpetuar, a parasitar a su vez de sus tanto más vastos despliegues.

QUINCE. ¿Qué de nuevo comporta ello que resulte indispensable renombrarlo ahora?

La inversión, que da como producto al supuesto productor hace del ser humano resultante mutada.

Lo animal mutado que accediera a lo humano por la vía del hacer, impone un nuevo paso: lo humano a su vez mutará, desde entonces signado por la irrupción incontenible de lo máquico.

La matriz de lo humano se delata por ello como formato, insostenible al tiempo que innegable, desde extrañas e indefinibles pretensiones autonómicas.

DIECISEIS. Planteado desde otra perspectiva no menos válida: parte inseparable del aparato de conjunto, lo humano deviene sometido desde el desborde de lo urbano, a lo cual en principio pareciera haber generado buscando completarse; de hecho, consiguiendo una enajenación creciente, inocultable.

Y eso se habrá de retratar a su vez, trágicamente, sobre las periferias de lo social.

Pues bien: el juego de enlaces con lo secreto no puede dejar de alterarse con ello; los supuestos entronques que le daban como lindero donde el saber y la razón se detenían como si chocaran contra un muro insalvable, hacen saltar a lo secreto de un lado y otro, desde extraños ensambles que le demandan como modalidad de algún modo paraplejizante.

DIECISIETE. El drogadicto es una incomparable demostración de esto; enfrentado directamente a lo secreto, no consigue más que balbuceos reiterativos; reposiciones inagotables de cuanto cada vez más consigue menos capturar.

El fracaso del discurso discurre por allí ahora que lo humano renuncia a sus dominios y controles; cediendo el paso a la mecánica de los actos; en realidad, dejando al descubierto inocultables impedimentos operantes, el ingestor de drogas se apropia del modo más grosero y empírico de lo secreto; sólo permitiendo observar con ello, la insuficiencia extrema de su gestión.

En efecto: el drogadicto ni iba por lo secreto ni sabría mínimamente capturarlo, expresarlo, apropiarlo.

DIECIOCHO. En ensamble desde lo social con modalidades de poder tanto más bizarras lo drogo-adictivo delatará inconteniblemente el drama donde lo sintomático se exagera sin contención posible.

Y desde otro extremo, no menos factible, podrá suceder incluso, que al margen de ello, se repongan ingestas donde

fuera lo secreto cuanto inversamente pareciera paralizado e impedido; que se empleara el consumo de las drogas a título de cómodo recurso de suplemento a partir del cual se consiguiera aligerar la asfixia generada por lo reclusivo.

Pero cuando se da el real ensamble con lo secreto; una vez se instaure indiscutible vínculo entre droga e ingestor; dándose paso a la imprevista derivación del modelo máquico, cuando el poder que es la droga se instaure de modo contundente habrá de ser el secreto, tan presente como indescifrable, cuanto pareciera estar burlándose impunemente de los consumidores y del propio modelo de conjunto.

DIECINUEVE. Al menos cabe reconocer allí la opción de una figura posible: así como el adicto no sabe dar cuenta de lo secreto que le invade, tampoco a los humanos en su conjunto les es dado acceder a la clave que les viene sosteniendo desde la incuestionable prelación de lo máquico, cuya creciente incidencia no logran descifrar, prever, ni mucho menos controlar; apenas obedecer sumisamente; incluso en más de un caso disfrutándola.

Pues bien: la oferta inaugural que buscara dar cuenta de lo mórbido actual, y que a nivel de la Clínica de lo Social se adelantara tomando como primeros referentes los modelos extremos de *lo viral* y *lo virtual*, si existe alguna ilustración que delate su validez y coherencia al final de sus despliegues no sorprende que parta y se afirme desde la emergencia y perpetuación de las drogadicciones.

VEINTE. Y es que sólo a partir de allí se da paso a la opción de un recurso que admite conjugarse en entronques con lo

natural, y desde allí, hasta las metamórficas resultantes que igualmente permiten las variantes químicas que en la actualidad refinan opciones de incidencia sobre lo humano, desde inauditos y contundentes suplementos.

Modelos paradigmáticos de “la sintomática mutante” sobre la cual discurre el armado de lo humano desde siempre en inevitable entronque con su hacer, las drogadicciones comandan siempre allí y amarran al conjunto a partir de una punta de inicio, de otro modo irremediablemente perdida e incapturable.

Sea.